
ESPACIO
MUERTE
CORROSIVA
• Peter Kapra •

MUERTE CORROSIVA

Peter Kapra

Espacio el Mundo Futuro/378

I

Kiri Ubongo entró en su despacho.

La secretaria, el asesor jurídico —blanco y de origen inglés—, el jefe de protocolo, el comandante de la guardia y el Ministro del Ejército estaban alineados a un lado de la regia mesa.

El Presidente, mostrando sus blancos dientes en una amplia y protectora sonrisa, inclinó la cabeza y saludó, diciendo:

—Buenos días a todos.

—Buenos días, Excelencia.

Kiri Ubongo era Presidente de la República de Kupanga, uno de los dos grandes estados africanos que nacieron de la antigua Angola. Alto, fuerte, joven y respetado, amén de admirado.

Llevaba una abultada cartera de cuero beige, que entregó a su secretaria, la señorita Beatriz Sabaya, mulata ella, escultural e inteligentísima, pese a ostentar el título de "Miss África", ganado en Argel dos años antes por ser la mujer más hermosa del continente negro. Luego, el Presidente fue a sentarse tras de la enorme mesa.

—Primero usted, comandante Jali. ¿Alguna novedad?

—Se ha efectuado el relevo en el palacio, Excelencia.

—¿No hay otro particular?

—Ninguno, salvo... —el comandante Jali vaciló, añadiendo—. Creo que no tiene importancia, Excelencia.

—¿Qué es ello?

—El centinela de la salida secreta se durmió en su puesto. He ordenado su arresto inmediato.

El Ministro del Ejército, general Lasaka, sonrió despectivamente.

—¡Por Dios, Jali, Su Excelencia tiene asuntos más importantes que atender!

El aludido se volvió vivamente hacia el ministro.

—Es mi deber ponerlo en conocimiento del señor Presidente... Claro que esa salida secreta sólo la conocemos contadas personas. Pero imaginen que alguien adormeció al centinela...

—¡Vamos, vamos, Jali! —atajó el Presidente—. Puede retirarse... ¡Y no sea severo con el soldado! Esos chicos son jóvenes y...

Mientras, Beatriz Sabaya había abierto la cartera de mano del Presidente, y extrajo pliegos, legajos y documentos que colocó sobre

la mesa.

Kiri Ubongo tomó un expediente y se lo tendió al Ministro del Ejército, diciéndole:

—Ya he leído el Proyecto "C", Lasaka. Estoy conforme y lo he firmado. Tómelo, y que se ejecute inmediatamente.

El Ministro del Ejército sonrió satisfecho y complacido, tomando el documento que iba forrado con tapas rojas y recubierto de papel plástico.

—Gracias, Excelencia.

Lasaka salió en pos del comandante Jali, uniéndose con él en la antesala.

—¿Y bien, señor Kilingali? —El presidente se dirigió ahora al jefe del protocolo, quien vestía una bien cortada levita, pantalón a rayas, pechera almidonada y cuello de pajarita.

El aludido, recto como un palo, retahiló:

—A las nueve treinta, audiencia con nuestro Delegado en las Naciones Unidas. A las diez, visita del señor embajador de Japón... A las diez treinta, visita del mariscal Grissand…

Kilingali fue citando horas y ocupando toda la mañana del Presidente, el cual fruncía el ceño de vez en cuando, pero no replicaba, escuchando con, al parecer, reconcentrada atención. Cuando el jefe de protocolo hubo concluido de citar nombres y horas, sacándolos de su prodigiosa memoria. Kiri Ubongo hizo un gesto con la mano.

—De acuerdo, señor Kilingali. Les veré a todos... Cuide usted que ninguno le estropee el horario.

—Lo tendré en cuenta. Excelencia.

Kilingali hizo una leve reverencia y se dirigió a la puerta. Ya sólo quedaba la hermosa secretaria y el asesor jurídico. El Presidente miró a Thun e hizo un gesto con la mano a su secretaria.

—Hable usted, Adro... Beatriz mis píldoras.

—Estimo que debemos regatear con los comisionados franceses, Excelencia. El Gobierno portugués nos ofrece lo mismo que el Gobierno francés. Y, en igualdad de condiciones, en virtud del tratado de Luanda de 1975, estamos obligados a inclinarnos por la oferta lusitana.

—Sí, sí... Esgrima usted ese tratado para ver si conseguimos algunos millones más de los franceses... ¡El hierro es un metal muy

preciado en esta época industrial! ¿Cual es la cotización actual, Adro?

—Veinte dólares la tonelada, Excelencia.

—¡Hum! Somos un país rico, ¿verdad?

—Y más lo seremos si sabemos explotar nuestras reservas.

—No nos abandone, Adro. Le necesitamos muchísimo.

El inglés esbozó una apagada sonrisa.

—Descuide. Excelencia. Kupanga es mi patria, Ubongo mi Presidente y lo único que lamento es tener blanca la piel. Si así no fuese, me sentiría más kupango.

Nueva sonrisa del Presidente, a la vez que tomaba el frasco de píldoras que le tendía Beatriz Sabaya, junto con un vaso de agua.

Adro Thun se inclinó y se retiró. Al salir, cerró la gran puerta del despacho del presidente de la República.

Kiri Ubongo, entonces, se tomó la píldora que extrajo del frasco, bebió un sorbo de agua y se levantó. Dejó el vaso sobre la mesa y tendió las manos hacia Beatriz.

—¡Adorada mía! —exclamó, transformándose inmediatamente de un grave político en un tierno amante.

Beatriz también se transformó, agrandando sus ojos, entreabriendo sus jugosos labios y cayendo en los brazos de él. Sus labios se encontraron unos instantes, porque ella retiró la boca, arrugando levemente el ceño.

—¿Qué...? ¡Trágate la píldora, Kiri, por Dios!

El Presidente sonrió, ciñendo a la bella mulata por el talle, deglutió la píldora y acercó de nuevo sus labios en busca de los de su amante.

Ahora sí que se besaron con pasión, locamente, ciegos, llenos de deseo y locura, como dos jóvenes que saborean por vez primera el ardor de un beso en la sombra.

Pasado el primer transporte, él, acariciándole el cabello, suave como la seda y no áspero y encrespado como el de la mayoría de las mujeres kupangas, murmuró:

—¡Cómo te he echado de menos, amor mío!

—Debiste llevarme.

—Ya sabes que mi mujer no te tolera… No podría ser. La Conferencia era importante y los festejos obligaban a...

Kiri Ubongo se crispó bruscamente, como si le hubiese sacudido

el cuerpo un brutal calambre. Luego se retiró de Beatriz y quiso agarrarse a la mesa. Por un instante, sus ojos se pusieron blancos.

Quiso decir algo.

Beatriz retrocedió un paso, llevándose la mano a la boca para no gritar. El miedo la paralizó.

Un instante después, el Presidente caía pesadamente al suelo.

Fue entonces cuando Beatriz gritó, con toda la fuerza de sus pulmones, corriendo hacia la puerta y llenando el espacioso despacho con sus gritos histéricos.

Entró la guardia, algunos consejeros, entre ellos Adro Thun y el jefe de protocolo, Kilingali, reuniéndose inmediatamente más de diez personas en torno al caído dignatario.

—¡El doctor Umbra! —gritó alguien, desaforadamente—. Llamen a un doctor... ¡Al que sea! ¡Pronto!

Carreras, gritos, órdenes, exclamaciones de asombro. En un instante, el palacio se convulsionó. Llegó el comandante Jali, vio la situación y ordenó que fuese cerrado el despacho de Kiri Ubongo, Luego apostó hombres armados en todos los pasillos, para que no dejaran entrar o salir a nadie.

Y luego sonó la terrible noticia, pronunciada por Adro Thun, que fue de los primeros en inclinarse sobre el caído Ubongo:

—¡El señor Presidente está muerto! ¡Nada se puede hacer por él! ¡Dios tenga piedad de su alma y de todos nosotros!

—¡Ooooh!

Beatriz lloraba en un rincón. Jali la preguntó:

—Deje de llorar y dígame, ¿cómo ocurrió?

Ella negó con la cabeza, llorando con más fuerza.

—No... No lo sé... Se sintió mal... ¡Todo fue tan repentino! ¡Ay, comandante, qué desgracia!

El doctor Umbra llegó en aquel momento. Los centinelas de Jali le dejaron pasar en el acto.

—¡Salgan todos! —exclamó el recién llegado, un hombre bajito, con gafas de carey, grueso y de ademanes vivos y nerviosos.

Mientras Jali hacía salir a todos, incluyendo a Beatriz, el doctor se arrodilló junto al cuerpo del presidente, le abrió un párpado y luego puso un oído sobre el pecho.

Se incorporó y entonces lanzó una exclamación.

—¿Qué es...?

Jali también profirió un grito.

Y su sorpresa estaba justificarla en ambos individuos, al ver lo que estaba sucediendo en el rostro del Presidente de la República de Kupanga.

¡Y era que la piel se le estaba cuarteando, contrayéndose, agrietándose, para luego, empezar a derretirse!

En pocos minutos, ante el asombro de los dos únicos testigos, aquel cuerpo, poco antes vivo, lleno de dinamismo, sagaz y respetable, ¡se estaba descomponiendo!

Y, antes de que el doctor Umbra pudiera salir de su asombro, la faz del muerto empezó a desfigurarse horriblemente, como a hervir, agitada por una corrosión interna y espantosa y que se extendió también a las ropas.

Jali hubo de apoyarse en la mesa para no caer.

El doctor Umbra, atónito, trémulo y sobrecogido, retrocedió unos pasos. Quiso decir algo y no pudo. Seca la boca, agitado en temblores, pasmado, no podía articular palabra.

—¡Bendito sea Dios! —logró balbucir Jali,

¡Y, minutos después, en el suelo podía verse sólo un esqueleto, del cual parecía haberse fundido la carne! En el suelo quedó una mancha pardusca que se iba contrayendo, auto corroyéndose, destruyéndose a si misma como un insólito germen vivo y voraz, hasta que terminó por desaparecer del todo.

Ante el hombre de ciencia y el comandante de la guardia sólo quedaba ahora un esqueleto blanco, liso, descarnado, horriblemente rígido y pavoroso.

Las ropas y el cuerpo de Kiri Ubongo habían desaparecido y el piso metálico quedó manchado, como si hubiera sido rociado con un potente ácido.

¡Aquella muerte, además de horrenda y espantosa, era la primera vez que se producía en la Tierra!

La ciencia no sabía nada acerca de ella.

¿Qué causa diabólica produjo la muerte del primer dignatario de Kupanga?

* * *

A simple vista, el hombre tendido en la dorada arena, cerca de donde las olas del Mediterráneo rompían mansamente, como si el

sol tuviese poderes sedantes sobre el agua, parecía una escultura bruñida, recubierto de una morena pátina.

Estaba tendido en la arena, sobre una esterilla de colores. Junto a él había una revista francesa, que mostraba artísticas poses de desnudos femeninos de sin par belleza, unas gafas de sol de extraños cristales y gruesa montura, un paquete de cigarrillos, un encendedor de oro y una pistola negra, enorme, moderna y un tanto extraña.

Cualquiera hubiese podido disparar aquella pistola incluso dentro del agua.

A unos cien metros de la playa había un chalet precioso, de atrevida arquitectura, con flores exóticas, artístico emparrado, umbrosos árboles, bajo los que estaban dos mujeres tendidas en mecedoras de gomaespuma, durmiendo, y una figura silenciosa que se movía por la terraza.

Junto al chalet había una especie de cobertizo o garaje con dos puertas, una orientada a la playa, como para salir de ella una lancha en dirección al mar, y la otra, orientada hacia una calzada de asfalto, como para salir un automóvil.

Pero si el techo semicircular del cobertizo se descorría, de allí podía salir también un singular aparato volador.

La figura sigilosa que se deslizaba por la terraza caminó sin ruido sobre un entarimado. Luego puso un pie suavemente en la dorada arena, y luego otro.

Ni el perro lobo que dormitaba junto a las dos hermosas mujeres, bajo los árboles, se movió ante el silencioso caminar del chino, pues tal era el aspecto del individuo que ahora avanzaba como una sombra, casi sin poner los pies en el suelo, en dirección a donde el hombre se tostaba al sol.

Un chino de rostro ancho, bigote lacio y ojos oblicuos que llevaba una blusa holgada y un pantalón ajustado a las fibrosas piernas. Debajo de la blusa se adivinaban las fundas de una pistola y de un cuchillo curvo.

No empuñaba ningún arma, empero, y si llevaba algo apretado en la mano.

Su intención era sorprender al durmiente.

Más no lo consiguió. A medida que se iba acercando, la mano del hombre dormido, al parecer, se iba alargando, pulgada a pulgada, extendiéndose, hacia la pistola que había junto a la revista francesa.

Un instante después, cuando el chino estaba a unos seis metros, el “dormido” abrió los ojos y la pistola pareció brincar a su mano. Se volvió y luego dejó caer de nuevo el arma.

—Nada, Ling—Suh... No lo conseguirás nunca —habló el hombre, en inglés—. Tengo un radar en el cerebro.

—Yo sabel, señol... Mas no desespelal... ¡Algún día yo coblal las mil colonas de olo!... Ha llegado un mensaje, señol.

—¿Un mensaje? ¡Oh, no, Ling—Suh!... Tíralo al mar. Diremos que no lo hemos recibido.

—Lo hemos lecibido, señol. Está aquí. —El chino abrió la palma de la mano y mostró algo parecido al tapón metálico de una botella de cerveza—. Está aquí.

—¡De buena gana te lo haría tragar, condenado Ling—Suh!

—Es ulgente. Mientlas usted y las “malas damas” lo escuchen, yo plepalalé el equipaje.

—¡Vete con el demonio, maldito chino!

El hombre tomó el disco metálico, que no era precisamente un tapón de cerveza, pero sí encajó perfectamente en un alvéolo o pequeña cavidad que había en la culata de la extraña pistola. Al presionar el disco y mantenerlo así, mientras empujaba uno de los botones de la “cámara”, una voz clara y bien timbrada surgió del cañón del arma.

Aquel tapón no era más que un pequeño disco, similar al de un “pick—up”, y la voz era una grabación reproducida por el mecanismo de tocadiscos del arma.

“Oye, Karl, ven a verme inmediatamente. Te necesitamos con urgencia. El Presidente de la República de Kupanga ha sido muerto en las circunstancia más extrañas que puedas imaginarte...”

—¡Demontres! —exclamó el hombre bronceado, que tenía el cañón de la pistola junto al oído derecho—. ¡Todo un Presidente! ¡Negro voy a verme para descubrir un crimen cometido entre negros!

“... No te doy detalles ahora. Tráete a Laura y a Annette.”

—¡No se las dejaría ni a mi padre, Vic! —exclamó el hombre, como si el que había grabado aquel extraño disco, pudiera oírle.

“... Necesitarás un buen laboratorio bacteriológico. Hay algo de eso. Puedes buscarte un técnico. Creo que te hará falta. Date prisa. Siento privarte del sol de España, pero tu descanso ya ha durado

bastante. En marcha, Karl Helmut; y agudiza tu ingenio”.

Allí terminaba el mensaje.

—¡Qué impertinente eres, Vic! —masculló el hombre, cerrando el dispositivo de su arma y tirando el tapón de cerveza al suelo, ¡el cual parecía ahora como un verdadero tapón, con su corcho, y parcialmente hundido su superficie, como si se hubiera presionado con un abrebotellas sobre él!

Karl Helmut se levantó entonces, haciendo una flexión de piernas que sólo un consumado atleta como él podía haber realizado, con torsión de la columna vertebral y flexión de rodillas, para inclinarse y recoger los objetos que habían sobre la arena.

El chino estaba ya entrando en la casa cuando él se encaminó elásticamente, luciendo su impresionante torso, su cuerpo bien proporcionado y de músculos notables, hacia donde dormían sus dos maravillosas ayudantes.

Las dos dormían plácidamente. Una era pelirroja, de cabellos largos y encendidos, del color del fuego en la noche, largas y espesas pestañas y figura que… ¡Ah, qué cuerpos los de aquellas dos mujeres!

Si la pelirroja Laura König era un portento “Made in Germany”, la morena Annette Durand, siendo francesa, habría causado pavor frenético en cualquier playa de Biarritz, Cannes o Saint Tropez.

Annette parecía estar soñando con algún apuesto galán que sólo podía ser Karl Helmut. Sonreía graciosamente en sueños… ¡Y su cuerpo hubiese hecho bizquear a un ciego!

¿Dos mujeres magistrales? ¡No, dos diosas!

Karl se inclinó sobre Laura y la besó en la boca. Ella le echó los brazos al cuello instintivamente, musitando:

—¡Allan, mi adorado Allan!

Karl la cogió de un brazo, furioso, zarandeándola con violencia.

—¡Eh, tú, novia desleal! ¿Quién es Allan?

Las dos muchachas sólo llevaban un breve, insignificante y etéreo “bikini”, tan etéreo que parecían no llevar nada. Tampoco tenían nada que ocultar. La belleza de sus figuras estaba al descubierto.

—¡Suelta, me lastimas!

La otra muchacha abrió los ojos, se desperezó y rezongó con una voz musical:

—¿Cuándo dejaréis de reñir? ¿Es que no está permitido dormitar

en Villa Rosita después de una fiesta como la de anoche?

—¿Quién es Allan? —insistió Karl poniendo el cañón de su pistola entre las cejas de Laura.

—¡Eres tú, mi vida! —contestó la muchacha con languidez—. Es que en sueños no te comparto con Annette y te he cambiado el nombre.

—¡Envidiosa! —gritó la morena, para añadir acto seguido en tono meloso—. Ponme un cigarrillo encendido en los labios, cielo.

Karl encendió un cigarrillo y se acercó a Annette, que se había incorporado. La besó en los labios, le puso luego el cigarrillo y dijo:

—¡Vamos, id a vestiros! ¡Se acabaron las vacaciones!

—¡No bromees, Karl! ¡Eso no lo digas ni en broma!... ¿Nos bañamos, odiosa rival?

—Sí, si me dejas hundirte un puñal en el pecho.

—¡Siempre los mismos odiosos instintos! ¡No vale tanto este insípido aventurero para que siempre estés muerta de envilecimiento por él! ¡Oh, que fastidio!

Annette se levantó de un felino salto, plantándose delante de él, incitante y provocativa. En jarras, espetó:

—¡Atrévete a maltratar a tu ingeniero electrónico, sultán de fábula!

Karl hizo un amago de atacar a la francesita por la derecha, y luego la agarró de la cintura, por el lado izquierdo, para, antes de que ella pudiera mover los brazos, levantarla en vilo, sosteniéndola por la espalda y la cadera, mientras él reía alegremente.

Ella quiso patalear en el aire, gritando:

—¡No vale! ¡Me engañas siempre!

Karl la bajó y luego le pasó un brazo sobre el hombro desnudo. Con el otro brazo sujetó a Laura, la cual, mimosa ahora, había buscado refugio junto a él. Así los tres, fueron hacia la casa.

Karl llevaba su fabulosa pistola en el cinto, bajo el breve “slip”.

—Vic nos ha enviado uno de sus discos “fonovolantes” a los que es tan aficionado. ¡Tenemos que trabajar, palomitas mías!

II

En el cobertizo de Villa Rosita, el chalet veraniego que el famoso Karl Helmut tenía en Almuñécar, aquel rincón paradisiaco de la Costa del Sol, cualquier intruso que hubiese podido entrar —y esto era más difícil que penetrar en las arcas de Fort Knox— se habría quedado asombrado al ver el bólido rojo que allí había.

Se trataba de un “autosubavión”, modelo “Dakota”, diseñado especialmente para Karl Helmut, y, como indicaba su nombre, capaz para ir a más de doscientos cincuenta kilómetros sobre una autopista, salir despedido hacia el cielo, por medio de dos potentes turborreactores y desarrollar escalofriantes velocidades en la atmósfera y en el espacio interplanetario o bien sumergirse bajo el mar y correr bajo las aguas con la celeridad de un tiburón “tigre”.

El nombre de aquel “autosubavión” era “Ígneo” y no existía aparato en el mundo capaz de darle alcance.

Pero su aspecto externo, con ser maravilloso, aerodinámico y estar provisto de líneas esbeltas y graciosas —pues carecía de ruedas y para moverse por tierra se deslizaba a escasos centímetros del suelo, sobre un lecho de aire—, no lo era todo.

Su interior era maravilloso aún.

Sus cinco ocupantes gozaban de asientos extensibles para poder dormir. Tenían una pequeña cocina, un laboratorio que en nada envidiaba a los más completos del mundo y una cámara que era un verdadero arsenal, y donde no faltaban ni proyectiles atómicos de propulsión eléctrica, equipos de inmersión submarina, trajes de vacío espacial, laboratorio clínico, con pequeño y potente microscopio, radio ultrapotente, bien provista despensa, etcétera.

Incluso había una pequeña perrera para “Lupo", quien podía ver su programa favorito de televisión con sólo empujar un botón rojo con la pata.

El “Ígneo” era el vehículo ideal para un aventurero de la categoría de Karl Helmut y sus ayudantes, que reunían entre sí más belleza física y talento juntos que una legión de académicos de distintos países y distintas disciplinas.

Karl, por ejemplo, aparte de ser coronel del cuerpo de Aviación de su país natal —Alemania, aunque ahora era súbdito mundial—,

ostentaba los títulos de médico, astronauta, biólogo, geólogo y físico. Y no era, precisamente, una mezquindad en sus especialidades.

Por su parte, Laura König, ayudante de Karl, novia y amiga, era una lumbrera como abogado, historiador, astrónomo y campeona olímpica de natación.

Annette era ingeniero electrónico, profesora en química y matemáticas, así como instructora universitaria de gimnasia, campeona de tiro al plato y una acróbata excepcional.

Otro miembro del grupo era Ling—Suh, criado, cocinero y enciclopedia viviente, pese a su torpe lengua.

Incluso "Lupo" el perro lobo alemán, sabía cosas asombrosas, tales como encontrar una aguja en un pajar, hacer sumas y restas con dados numerados del uno al diez y ladrar de un modo tan amenazador que helaba la sangre al delincuente más templado.

Pero, ¿quién era Karl Helmut y cuál su actividad?

La historia de sus treinta y cinco años era sencillamente asombrosa. Niño prodigio desde la más corta edad, daba un severo mentís a los pedagogos que osaron decir que los niños prodigios solían ser nulidades en estado adulto.

Como cirujano era una eminencia, pero, además, estudió astronáutica, viajó por todo el mundo —¡Y había estado varias veces en la Luna y otras dos en Marte y Venus respectivamente!—, poseía título de miembro de la sociedad geológica y trabajó en Moscú con Iodov Denka, en los experimentos antiprotónicos efectuados allí con la pila atómica del Laboratorio de Física nuclear de Pulkovo.

A los treinta años se hizo militar, acogiéndose a unas convocatorias de sanidad, e ingresó con el número uno de su promoción, con el grado de capitán. Tres años más tarde era nombrado coronel.

Luego, se retiró del Ejército para hacerse ciudadano del mundo y formar la Sección "Cero", dedicada a altas investigaciones de toda índole, para lo que recabó la ayuda de dos talentos femeninos, que, dicho sea de paso, eran también dos monumentos dignos de figurar entre la cero y la primera maravilla del mundo de todos los tiempos.

La sección dirigida por Karl Helmut apenas si actuaba en nada. Pasaban el tiempo en las playas de los cinco continentes, bebiendo finos licores, asistiendo a fiestas y banquetes, bailes y clubs, y

llevando una vida disoluta, alegre y despreocupada.

Sus miembros tenían ya poco que aprender.

Pero obedecían a alguien. Por encima de ellos estaba Víctor Kamel, aquel individuo extraño y misterioso que, desde una serie de habitaciones cerradas, en el último piso de uno de los más modernos rascacielos de Nueva York, estaba informado de cuanto ocurría en el mundo.

Victor Kamel debía tener alguna vinculación con la sede de las Naciones Unidas, porque uno de sus visófonos secretos —ni siquiera controlado por la red mundial— mantenía un circuito cerrado con el despacho del Secretario General de la O.N.U.

Ahora, Victor Kamel había llamado a la Sección "Cero".

Y hacia el cobertizo del chalet se dirigieron aquella mañana los miembros del grupo, llevando consigo pequeñas maletas metálicas, con lo imprescindible. El último era Ling—Suh, que llevaba a "Lupo" sujeto de la correa.

Ahora, tanto Karl como sus dos ayudantes femeninos iban vestidos con ropas deportivas, ligeras y frescas, provistos todos ellos de pistolas al cinto, en fundas de acero plástico, comunicadores en las culatas de las armas, cargadores, lentes biconvexos de extraños colores, y capaces de convertir los rayos solares en un finísimo haz de rayos mortales y desintegrantes, gracias a un dispositivo lenticular ideado por el propio Karl, así como otros muchos inventos y artilugios que podían necesitar en su azarosa actividad, tanto en el espacio, en los lugares más inhóspitos del planeta o en las profundidades submarinas.

Sin más acción que la de pulsar un botoncito en la hebilla que sujetaba su pantalón, y que era un conmutador electrónico de influjos remotos, la puerta del cobertizo se abrió sola, y Karl pudo entrar a donde estaba "Ígneo", seguido de sus acompañantes.

—¡Con lo bien que estábamos en esta hermosa playa! —dijo Laura.

—Sí, es verdad —añadió Annette—. Jamás hubiese creído que existiese un lugar tan tranquilo como Villa Rosita.

—Es tranquilo, gracias a la alambrada magnética que rodea la finca —añadió Karl, sonriendo y mostrando su blanca y sana dentadura—. De no ser por ello, estaríamos invadidos de turistas.

—¡Quieto, "Lupo"! ¡No ladles ahola! —exclamó el chino,

reteniendo al perro, que pretendía quedarse fuera, como negándose a entrar en el cobertizo.

—¿Qué le ocurre a “Lupo”, Ling—Suh? ¿No se ha comido sus filetes de ternera?

—Sí, el habel comido sus filetes, pelo no quiele abandonal este bonito lugal. Plesiente que se avecinan los peliglos.

Karl se arrodilló junto al perro y le acarició el cuello con el mismo mimo que acariciaría a una de sus hermosas ayudantes.

—Pobre “Lupo”, amigo mío. No temas nada, cielín. Yo me enfrentaré con quien sea con tal de que tú no te expongas.

Annette y Laura le miraba con resentimientos. Ambas estaban seguras de que Karl quería más a su perro que a ellas. Y no creían equivocarse.

Luego, el conmutador electrónico de Karl hizo que se deslizase un panel del “autosubavión” y una escalerilla se extendió hacia el suelo, para facilitarles el acceso a su interior.

Primero subió Ling—Suh, con “Lupo”, luego lo hicieron Annette y Laura a un tiempo, y por último subió Karl, yendo a instalarse en el cómodo asiento del conductor, entre mandos, palancas, relojes y comprobadores.

Inmediatamente detrás de él, en los asientos que formaban una especie de triángulo, dentro de la cabina de mandos que tenía un parabrisas de cristal irrompible, se sentaban Annette y Laura, ambas con sus correspondientes tableros de control ante sí.

En la parte trasera del bólido se instaló Ling—Suh, encerrándose inmediatamente en la cocina con "Lupo" a los pies.

—¿No quieles vel la televisión, “Lupo”? —preguntó el chino.

El perro gruñó y cerró los ojos. Continuaba estando disgustado.

Fuera, Karl Helmut dijo a Laura:

—Abre la puerta del mar, querida.

—¿Viaje submarino, mi nene? ¡Me gusta más el aéreo!

—¿Quieres sorprender a las gentes sencillas de esta región, haciéndoles creer que han visto un platillo volador? ¡Sé discreta, pequeña! Por mar vinimos y por mar nos vamos. Además, deseo darme un paseo por Porto Amboim antes de ir a ver a Vic.

—¿Porto Amboim? ¿No está eso en Kupanga?

—Sí. Allí reside el gobierno de Kupanga. Quiero ver lo que le ha sucedido al Presidente.

* * *

Beatriz Sabaya quedó sorprendida y consternada al ver surgir ante ella al hombre de la extraña pistola. Fue a gritar, pero un chorro de algo inodoro le envolvió la cabeza.

—No tema, señorita —habló Karl Helmut, pues tal era el inesperado visitante de la ex secretaria y ex amante de Kiri Ubongo —. No debe asustarse. De momento, no puede usted moverse, ni gritar, ni hacer nada, excepto escucharme. Pero mi actitud la convencerá de que no pienso hacerle el menor daño.

»Digamos que esto es una visita de cumplido que usted olvidará cuando yo me haya marchado.

Beatriz, efectivamente, no pudo mover ni un músculo. La parálisis era total, y ni siquiera pudo demostrar admiración ante la apostura y rapidez que había en aquel extraño visitante.

—He entrado saltando la tapia del jardín... Los centinelas que vigilaban están dormidos, gracias a esto —Karl agitó su pistola ante el rostro de ella —... que igual mata que adormece o paraliza.

»Siento que no pueda usted hablar. Estoy seguro de que su voz será tan bonita como usted. —Acercó sus labios a los de ella y la besó suavemente—. Me gustan horrores las mujeres morenas... ¡Usted, Sin embargo, está imponente! “Miss África” me han dicho que es, ¿verdad? ¡Jamás se dio un título así con tantos merecimientos! Laura y Annette, que nos están viendo, gracias a esa pequeña cámara de televisión que he puesto en el alféizar y que funciona por ondas hertzianas, deben de estar pálidas de envidia.

Al decir esto, Karl sintió una vibración en la empuñadura de su arma. Sonrió al pulsar un botón, junto al disparador, y oyó a Laura y Annette, por el minúsculo altavoz del arma:

—¡Eres un fresco, Karl! ¡Te repudio!

—¡Y yo te odio! ¡Por eso querías ir solo!

—Vamos, vamos, monadas... Beatriz Sabaya es una estatua de sal.

Pero cerró el comunicador antes de que sus ayudantes pudieran contestar, y continuó hablando con Beatriz:

—Quiero datos sobre la muerte del Presidente... Él llegó bien al despacho... No, ya sé que no puede hablarme. Pero voy a conectar estos electrodos en su cráneo. No le haré daño.

Mientras hablaba, Karl se había guardado la pistola. Del bolsillo del pantalón extrajo una caja oblonga y metálica, de la que estiró

unos finísimos cables, a los que habían unido algo así como pequeñas ventosas, las cuales puso a Beatriz en distintos lugares de la cabeza.

—Esto grabará su memoria, Beatriz... ¡Ah, sabré todos sus secretos! Pero no tema. No se los diré a nadie y luego destruiré la grabación... No tardaré ni tres minutos, ya verá.

Manipuló Karl en los pequeños controles de su caja, se oyó un zumbido y se encendió una lucecita verde.

Mientras hizo todo aquello, Beatriz Sabaya no se movió, ni parpadeó siquiera. Estaba como hipnotizada, estática, muda, como insensibilizada.

Karl, por su parte, estudiaba ahora las oscilaciones de la luz verde, hasta que ésta se apagó. Entonces, cerró un contacto, quitó los electrodos del cráneo de la mujer y se guardó el aparato en el bolsillo.

—Ya he terminado, preciosa. —La miró intensamente a los ojos —. Ahora, me marcharé. Cuando se recobre no recordará que me ha visto y continuará haciendo lo que hacía como si yo no hubiese venido. ¿De acuerdo, cariño?

La besó de nuevo en la boca, se volvió hacia la ventana y sacó la lengua, haciendo burla a sus invisibles televidentes.

—Listo, chicas. Papá Karl vuelve a casita... ¡Pero antes debo visitar al comandante Jali y al consejero Adro Thun, el enigmático hombre blanco de Kupanga, y del que se cuentan tantas leyendas!

Antes de saltar ágilmente por la ventana, Karl tomó la minúscula cámara de protección visora, que sus ayudantes le obligaban a llevar siempre que debía efectuar alguna incursión en solitario, por temor a que le ocurriera algo y para que ellas pudieran intervenir y salvarle, se la guardó en el bolsillo de la americana, y luego desapareció en el oscuro jardín.

“Ígneo” estaba en el lindero de la selva, medio oculto con hojas de cocotero y, desde luego, invisible a la vista de cualquiera que pasara por aquel paraje.

Estaba amaneciendo cuando Karl apareció en el camino, miró en derredor con disimulo y luego se adentró entre la espesura, hacia donde estaba su “autosubavión”.

Laura le esperaba con el panel de la puerta abierta, y lo primero que hizo fue darle una bofetada, en señal de saludo.

—¡Por desleal, ingrato y enamoradizo! ¿Es que no tienes bastante conmigo?

—¡Ni mucho menos! —exclamó Karl, que ni siquiera se tentó la mejilla.

Laura se apartó de la puerta, moviendo desairada su resplandeciente cabellera. Él entró en la cabina y la entrada se cerró silenciosamente.

Ahora, los sillones en triángulo estaban libres y giraban sobre un eje, de forma que Karl pudo sentarse delante de la silenciosa Annette, oscilar a derecha e izquierda y luego tocar con el pie un resorte que hizo ascender del suelo una mesita circular, dejando clavados los tres asientos.

—Ling—Suh, mi desayuno —pidió Karl.

Extrajo del bolsillo el registrador de memorias.

—Yo lo leeré —dijo Annette, sin emoción, apáticamente.

—¿Estás enfadada? —preguntó él.

—No —contestó Annette, secamente—. Puedes burlarte de nosotras todo lo que quieras. Sé que llegará un día en que habrás de venir conmigo.

—¡Acepto eso! —exclamó Laura—. Te lo cederé dentro de treinta años.

—Dejaos de boberías. Acabaréis haciendo que me guste la primera chica que encuentre, aunque sea jorobadita. ¡Sois incansables!

—¿Yo, incansable? —dijo Annette—. ¡Esa tonta es insaciable!

—¡Te arrancaré el pelo, bruja negra!

La puerta de la cabina posterior se abrió y apareció Ling—Suh, con una bandeja humeante en la mano, seguido de “Lupo”, el cual fue a postrarse a los pies de Karl.

—Té, tostadas, mermelada, jugo de frutas tropicales y píldoras —refunfuñó Annete, con disgusto, al ver la bandeja.

—Té chino, pan integlal, melmelada de flambuesa, jugo de flutas y ninguna píldola, señolitas plotestonas.

—¿Por qué no volamos sobre China y dejamos caer a este monstruo desde dos mil pies de altura, sin paracaídas? —preguntó Laura, empezando a servirse de la bien repleta bandeja.

—Seríais capaces de arrojaros acto seguido detrás de él, para salvarle... ¡A vosotras me gustaría veros en la cocina!—exclamó

Karl, tomando una taza de té y empezando a beber.

En aquel mismo instante se encendió una luz roja y zumbó un timbre sordamente. Casi al mismo tiempo, todos saltaron, Ling—Suh retirando los platos de la mesa y Karl abalanzándose hacia el tablero de control y conectando varios conmutadores.

Laura y Annette hicieron volver la mesa a su sitio y pusieron en orden los sillones, ocupando sus puestos en la cabina.

Una pantalla se iluminó sobre el tablero de control, y en ella pudieron ver una especie de extraño helicodisco posándose suavemente en el suelo, junto al lindero de la selva.

—¡Me han seguido desde el aire sin hacer ruido! —exclamó Karl.

—¿Quiénes serán?

—Lo ignoro, pero no creo que sean agentes de seguridad de Kupanga. Ese aparato es nuevo.

—Yo no he visto nunca ninguno igual —añadió Annette, inclinándose sobre el hombro de Karl—. ¿Qué hacemos?

—Vamos a darles un susto. Preparados para despegar… ¡Lánzales una buena carga paralizante, Laura!

—Lista —dijo Laura, sentándose.

—Lista —añadió Annette.

Karl manejó varios mandos y "Ígneo" surgió bruscamente de entre las malezas, para efectuar una pasada aérea por encima del lugar donde se había detenido el helicodisco, y de cuya portezuela estaban saliendo dos hombres vestidos con uniformes verdes.

Uno de ellos, velozmente, al verse sorprendido, levantó un arma hacia el cielo y un chorro de luz azulada pasó, centelleante, junto al fuselaje de "Ígneo", sin darle.

Al mismo tiempo, del aparato del grupo de Karl surgió como un chispazo y una potente onda paralizante envolvió al helicodisco, dejando inmovilizados a los dos hombres que habían asomado por la portezuela.

En el aire, apenas sin ruido, "Ígneo" efectuó un deslizamiento, giró de rumbo y descendió, yendo a detenerse junto al otro aparato. Su puerta deslizante se abrió y salió Karl, provisto de su fantástica pistola.

Era innecesaria. Los hombres uniformados de verde estaban paralizados, inmóviles, en las mismas posturas que habían sido sorprendidos por el rayo disparado desde el "Ígneo".

Pero cuando Karl se acercó, algo se movió en el helicodisco. Una minúscula pieza metálica vibró varias veces, y Karl, advertido por un sentido que nada tenía de mecánico o cibernético, hubo de echarse al suelo, vivamente, mientras la lluvia de minúsculos, casi invisibles dardos, pasaba sobre él, incrustándose muchos de ellos en los cuerpos de los individuos paralizados.

Desde el suelo, Karl disparó una sola vez hacia el interior del helicodisco y la pieza vibratoria se vio violentamente ladeada, dejando de lanzar sus pequeñísimos dardos. Un balazo había inutilizado aquella arma extraña.

Karl no se movió, sin embargo, y esperó unos instantes, mientras decía, como hablando con la culata de su pistola.

—Hay que inventar un paralizante que inmovilice también el funcionamiento de los dispositivos dirigidos a distancia, Annette. Estoy seguro de que esos dardos son venenosos, como mínimo.

¿Venenosos?

Cuando Karl se incorporó, poco después, y se acercó a los dos hombres paralizados, pudo comprobar algo terrorífico. Sus rostros, manos, ropas y piernas, se estaban cuarteando, disgregando, agrietándose y derritiendo.

Karl retrocedió asombrado.

—¡Mirad sus caras! —exclamó.

Era espantoso ver contraerse la carne, hacerse una masa sanguinolenta e hirviente, como succionada por un mal latente y corrosivo situado en el interior de sus cuerpos.

¡Y los huesos descarnados empezaron a aparecer, primero en el cráneo y luego en las manos, hasta quedar, en pocos minutos, el esqueleto inmovilizado en la misma postura que tuvieron los cuerpos!

Desapareció la carne, las ropas y cuanto llevaba encima aquellos hombres. ¡Sólo quedaron los huesos, que cuando cesara el magnetismo radiante que los tenía inmovilizados, caerían al suelo, desmadejados!

III

Había nubes sobre Nueva York cuando “Ígneo”, el bólido rojo de la Sección “Cero” empezó a descender sobre el fluido y lechoso banco atmosférico, para, accionando sus estabilizadores de retropropulsión, ir a posarse, suavemente, sobre la pista de helicópteros de una elevada azotea.

En su interior, Karl estaba diciendo a Laura:

—Annette vendrá conmigo a ver a Vic. Tú y Ling—Suh iréis inmediatamente a la Universidad de Columbia y os traeréis, quiera o no, al profesor Graham.

—¿Y si no estuviese allí? —replicó Laura König, haciendo un mohín graciosísimo con los labios.

—¡Búscale, encuéntrale y tráelo! ¡No puedes perder tiempo! Nos encontrarás aquí... ¡Vamos, esfinge morena!

Annette sonrió, sacó la lengua a Laura y descendió del aparato en pos de Karl.

Fuera, en la húmeda terraza, había dos hombres jadeantes. Otro se acercaba corriendo. Todos llevaban monos blancos que despedían una extraña fosforescencia.

Uno de ellos saludó a la pareja.

—Bien venidos a Nueva York, señor Helmut... ¡Me alegro de volver a verla, señorita Dupont!

—Yo también a vosotros.

—¿Está el señor Kamel en su despacho? —preguntó Karl, caminando ya hacia uno de los ascensores, cuya puerta se encontraba abierta.

—Sí, le espera. Nos ha dicho que le hagamos llegar hasta él en cuanto lleguen... ¿Eh, se marcha el “Ígneo"?

—Sí. Laura tiene que hacer un recado.

En efecto, ahora manejado por Laura König, el esbelto aerobólido emitió un fuerte “suspiro” silbante y empezó a levantarse del suelo de la terraza. Cuando Karl, Annette y los vigilantes de la terraza llegaban al ascensor, el “Ígneo” enfilaba hacia el cielo y se perdía, en pocos segundos, a través de las nubes.

Karl tomó a Annette por el talle y así, los dos solos, entraron en el ascensor.

—Buena chica Laura, ¿verdad, Annette?—preguntó él, al cerrarse la puerta de la cabina.

—¡Maravillosa, Karl! ¡Una excelente amiga! No me gustaría perderla.

—A mí tampoco.

El ascensor no pareció moverse, pero estaba descendiendo ya.

—Lo pasamos bien, ¿no es cierto?

Ella le miró a los ojos, como pretendiendo verse en ellos o adivinar sus pensamientos.

—Desembucha, Karl. ¿Qué te preocupa?

—Nada, nada, cielito —replicó él, apresuradamente.

—No me gusta tu to...

Él la interrumpió con un beso en la boca. Acto seguido, el ascensor se detuvo, se descorrió la puerta y se encontraron en una antesala, en donde habían sillones cómodos, cuadros de excelente gusto y estilo, adornos exóticos y modernos, ¡y una secretaria modélica, tras una mesa!

Se trataba de una rubia capaz de quitarle el hipo a un elefante. Mostraba unas esbeltas piernas por debajo de la mesa, adornadas con finos y breves zapatos y cubiertas con medias transparentes y brillantes, pero su rostro era lo que más atraía.

Deisy Pommer, como se llamaba aquella despampanante belleza, tenía sólo veinticinco años y, de haber tenido más talento, habría sido la primera dama de la nación. Su rostro, un óvalo de gracia hechicera, era perfecto; sus ojos, enormes; y su boca... ¡Ah, su boca!

Un hombre se había quitado la vida por ella. Por tal motivo se perdió uno de los mejores escultores de Norteamérica.

—¡Hola, Karl! —exclamó la chica, levantándose con movimientos de bayadera oriental, y yendo hacia él.

Annette, empero, se adelantó, interponiéndose.

—Yo también me alegro de verte, Deisy... ¡Pero deja a Karl; ya está comprometido!

—¡Ya, y buenas sois vosotras para dejar que os lo quiten! ¡Menudas tigresas! —Había tal desdén en la expresión de la secretaria de Víctor Kamel, que Karl no pudo contener una carcajada.

Por fortuna, antes de que la situación se agriase, un muro se descorrió silenciosamente, y un hombre alto, joven y dinámico

apareció en el umbral.

—¡Karl, grandísimo bribón!

—¡Vic, enredador, trapacero y granuja! ¡Oye, has engordado!

—Sólo un par de kilos. Tú estás más moreno... ¡Oh, Annette! —Víctor Kamel se acercó a largas zancadas y estrechó a la francesita morena entre sus brazos, besándola de un modo que nada tenía de fraterno, y que hizo a Karl poner la mano sobre el hombro del otro.

—¡Eh, calma, calma, Vic; no te extralimites!

Rieron todos, excepto Deisy, que no tenía talento para comprender ciertos matices, y luego, tomando Víctor a sus dos visitantes del brazo, les condujo hacia su despacho.

Hubieron de cruzar la puerta deslizante, que se cerró a sus espaldas, dejando fuera a Deisy. Avanzaron por un pasillo invadido de puertas a derecha e izquierda, en muchas de las cuales se trabajaba con ahínco en clasificar informes procedentes de tocio el mundo, y en otras se divertían sus ocupantes, jugando a naipes o besando a las chicas, hasta que llegaron a fondo, en donde había una puerta con panoles metálicos y opacos, en donde se leía: “Víctor Kamel. Manager”.

La puerta se abrió al acercarse ellos.

Entraron en un despacho bastante amplio. Pero habían allí tantas cosas, objetos, aparatos, archivos, teletipos, radios, televisores, fonovisores, controles y computadores, que fue preciso sortear aquel maremágnum para llegar a la mesa que había ante una gran ventana con cristales irrompibles.

Víctor, sonriendo siempre, se sentó detrás de la mesa. Annette lo hizo en un ángulo de la mesa, cruzando las piernas. Tomó un cigarrillo y lo encendió con la llama de un mechero que le ofreció Víctor Kamel, mientras Karl Helmut se dejaba caer en un cómodo sillón oscilante y extendía las piernas hacia la mesa del amo de tan disparatado despacho.

—¿Qué tal las vacaciones? —preguntó Víctor.

—Estupendas. La Costa del Sol es un lugar paradisíaco.

—¡Oye, pero...! ¿Y Laura?

—Ha ido en busca del profesor Graham.

—¿El bacteriólogo?

—Exacto. Le necesitamos para trazar el plan de operaciones. Venimos de Porto Amboim.

—Lo suponía. Os esperaba ayer noche. Aún no he dormido y me mantengo de pie con estimulantes. ¿Ya sabes de qué va, no es así?

—No tengo ni la más mínima idea —contestó Karl—. Y eso que hemos escudriñado las mentes de algunas personas relacionadas con Kiri Ubongo... Su hermosa secretaria...

—¡Una negra! —exclamó Annette, despectivamente.

—Sí, “Miss África” —añadió Karl, sonriendo—. Una desgraciadita, a mi modo de ver.

—¿Qué tiene esa intrigante que no tenga yo? —preguntó la estupenda morena, con enojo y despecho.

—Sois diferentes —aclaró Karl—. Muy diferentes, pero en la disyuntiva de elegir, me vería muy comprometido.

—Según los informes de mis muchachos —intervino Víctor—, Beatriz Sabaya era la amante del presidente Ubongo. Ella estaba con él cuando murió.

—Lo sé. También sé que la muerte se la produjo una píldora que alguien puso en un frasco, junto con las píldoras que tomaba Ubongo para activar su circulación sanguínea.

»He supuesto que alguien se introdujo en palacio durante la noche, utilizando una de las salidas secretas, para lo cual durmió con gas somnífero al centinela que allí había.

—¿Y no pudo ser una artimaña para facilitar la coartada a alguien de los allegados? —inquirió Annette, insinuante y lanzando una bocanada de humo hacia el techo.

—También he supuesto eso —repuso Karl—. Lo que sí puedo asegurar es que no se trata de un simple asesinato político. Hay algo más.

—¿Qué quieres decir, Karl? —preguntó Víctor

—Verás. Visité a Beatriz Sabaya, al doctor Umbra, al comandante Jali y al jefe de protocolo, señor Kilingali. No me fue posible ver al consejero inglés, Adro Thun, por encontrarse en una reunión nocturna de negocios con unos delegados franceses, tratando de una cuestión de minas de hierro.

»Sin embargo, a través de esos cuatro he deducido la situación.

—¿Y es...?

—Kiri Ubongo está casado con una mujer fea y celosa. Beatriz Sabaya, por otra parte, es el complemento que necesita cualquier hombre de estado; inteligente, hábil, dócil y atenta. La mujer del

presidente, empero, está enterada de estas cosas, gracias a los informes que le facilita Kilingali, el jefe del protocolo, pero disimula bien y se comporta de acuerdo con su rango.

»Por ahí no encuentro nada referente a la muerte corrosiva. Luego está el doctor Umbra, un pequeño intrigante con espolones, amigo de la vida privada, nada limpio, pero fiel al presidente, al que se lo debe todo.

»Umbra, desde luego, no sabe nada acerca de ese tipo de muerte tan raro. Jamás ha visto nada igual y aún no se ha repuesto del susto. Pero lo que más le aterra es verse desposeído de su cargo, puesto que al tomar el poder el vicepresidente Bukene ha hecho abrir una investigación y todos los relacionados con Ubongo están vigilados en sus domicilios.

—¿Detenidos? —preguntó Víctor.

—Bueno, aceptémoslo así. Se trata de una detención discreta, ¿sabes?

—Dicen que el nuevo presidente es un hombre ambicioso.

—Quizá. Y no he hallado forma de llegar hasta él. Claro que no lo he intentado tampoco. Tenía prisa. Si lo creo conveniente, lo pondré en la lista de sospechosos con el número uno.

—No, no lo pongas. Esa cuestión déjala a mi cuidado. Precisamente, ha sido el secretario de las Naciones Unidas quien habló conmigo. Bukene le pidió consejo y ayuda secreta. Hay más de lo que tú crees —dijo Víctor, juntando las manos bajo su mentón, a la vez que apoyaba los codos sobre la mesa—. En primer lugar, Bukene teme un complot para derrocar el poder en Kupanga, y estima que la muerte de Ubongo ha sido el primer paso.

»Se trata de averiguar quiénes mueven los hilos de ese complot, qué se proponen y…

—¿Averiguar cómo se eliminó a Kiri Ubongo, no es así?

—Sí. Ese modo de morir es horripilante y nuevo.

—Yo también estuve esta mañana a punto de morir del mismo modo —declaró Karl, sonriendo.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Después de mis visitas nocturnas, regresé a donde estaba el “Ígneo”, y, por lo visto, me siguieron en un helicodisco, desde gran altura, observándome con cámaras infrarrojas de gran potencia y aumento…

—¿Están bien equipados?

—Casi tanto como nosotros. Por eso te decía antes que no creo se trate de una cuestión pasional. Aquellos tipos iban uniformados, armados con rayos desintegrantes y...

—¿Extraterrestres?

—No, hijos del planeta. Pero poco pude averiguar de ellos. Se desintegraron del mismo modo que Kiri Ubongo. Apenas tuve tiempo de rehacerme del susto, cuando ya sus cuerpos estaban siendo devorados por millones de bacterias autófagas... ¡Chico, fue algo impresionante!

—¿Quién los atacó? —quiso saber Víctor,

—No lo sé. Tenían un "surtidor" de agujas envenenadas, según creo, pues pudimos recoger algunos millares de ellas, lanzadas por la portezuela abierta de helicodisco. Iban hacia mí y hacia aquellos dos acólitos y fueron lanzadas por medio de un telecontrol.

—¿Habéis analizado esas agujas?

—Sí.

—Y ¿qué habéis encontrado?

—Algo de efímera vida. Un microorganismo fugaz e inestable, de origen desconocido, que se devora a sí mismo, sin dejar vestigio.

—Pero ¡eso no puede ser, Karl! —exclamó Víctor Kamel, furioso —. ¿Imaginas a un caníbal que pudiera comerse a sí mismo? ¿Qué quedaría de él? ¿El excremento?

—No digas bobadas, Vic. Estoy hablando de bacterias que se destruyen, que lo destruyen todo y luego se volatilizan, se desintegran, se esfuman, desaparecen... ¡o como quieras llamarlo! ¿No es así, Annette?

—Así es, querido.

Víctor Kamel pegó un puñetazo sobre la mesa. Luego pulsó un timbre y habló:

—Craig, ven aquí.

—¿Para qué quieres a ese orangután? —inquirió Karl.

—Aparte de que una vez se comió a su novia, siendo náufragos ambos en el Pacífico —replicó Víctor con sorna—, es mi mejor clasificador sobre informes científicos. Trabaja veintidós horas cada día.

Casi al momento se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cuarenta años, bajo y rechoncho, de pobladas cejas, gafas y nariz

respingona, que venía con un bocadillo en la mano derecha, una botella de vino en la izquierda y una servilleta al cuello.

—¿Qué hacías, Craig? —preguntó Víctor.

El extraño individuo miró primero hacia Annette, bailándole las gafas y los ojos de expresivo entusiasmo. La muchacha se ruborizó. Nadie la había mirado jamás de aquel modo tan insolente.

—Estaba desayunándome, jefe. Hace quince días que no salgo del despacho... Necesitaría un ayudante.

—¿Quieres a Deisy, lúbrico?

Craig bizqueó y dijo:

—No, jefe. Demasiado voluptuosa para mí... ¡Si esa nena no tuviese trabajo!

—Esta nena se llama Annette Durand —replicó Víctor, apretando los labios con dureza—. Y si no fuese porque tardaría mil años en encontrar otro imbécil como tú, ya te habría despedido.

El aludido mordió su bocadillo sin dejar de mirar a la chica, y preguntó:

—Bueno, ¿qué quiere de mí, jefe?

—Aparte de ti, ¿sabes de algo o alguien capaz de comerse a sí mismo?

—¡Hum! Los zoofagitos de Paul Grissand, el bacteriólogo francés, se devoraban a sí mismos... A ver, déjeme pensar... —Craig se rascó la sien con el gollete de la botella de vino—. ¡Ah, sí, eso ocurrió hace dos años, en París! Paul Grissand fue devorado por sus propios zoofagitos. Le dejaron sólo los huesos.

—¿Como hiciste tú con tu novia en el Pacífico? —preguntó Víctor, mordiente.

—¡Nada de burlas, jefe! Eso son habladurías de los chicos. Mi novia murió en el naufragio.

—Está bien, solterón. Continúa.

—No hay más. Grissand dejó de hacer experimentos raros. Según parece, aquellos zoofagitos se alimentaban de carne animal. Pero, cuando carecían de otro alimento, se devoraban entre sí, transformándose en pompas de hidrógeno.

Annette se estremeció al oír aquello.

Karl, sin embargo, estaba concentrado, profundamente ensimismado, buscando un cabo suelto en su mente. De pronto, tras un esfuerzo intenso, exclamó:

—¡Ya está! ¿Recuerdas la grabación de la mente del jefe de protocolo, Kilingali?

—Sí, ¿qué pasa con ello? —preguntó Annette, a la cual iba dirigida la pregunta.

—Allí estaba el nombre de un mariscal llamado Grissand. Debía ser recibido en audiencia por el Presidente de la República de Kupanga el día que le mataron.

—¿Grissand? Pues es cierto. Y ¿qué relación ves en esto?

—Todavía ninguna... ¿Puedo usar tu radio de onda corta, Vic?

—Ahí la tienes... Es tuya. ¿Qué se mueve en tu magín, nene?

—Pronto lo sabré. Ahora, voy a efectuar una llamada a Porto Amboim. Luego te expondré mis conjeturas.

* * *

Se encontraban en una especie de restaurante particular, atendido por dos hermosísimas camareras de falda corta, amplias caderas y breve cintura. Eran altas las dos, muy descotadas, y sus senos eran una atracción casi insidiosa cuando se inclinaban para servir una mesa.

Con tales camareras, no era extraño que empleados de Victor Kamel, como Al Craig, estuvieran siempre en el restaurante.

Víctor había llevado allí a sus amigos, y ocupaban una mesa junto a la terraza, desde donde se dominaba la gran metrópoli norteamericana. Ahora, dos nuevos miembros concurrían a la reunión. Uno era Laura König; el otro, un hombrecillo de unos sesenta años, de cabellos blancos y expresión distraída y simpática.

Karl hablaba con él, mientras comía.

—¿Conoció usted a Paul Grissand, profesor Graham?

—Sí, claro. Me interesaban sus experimentos y fui a su casa, en París. Era la negación de un científico, pero sus teorías eran interesantes. Lástima que muriera de aquel modo. Debió de ser un descuido. Pude comprobar que tenía zoofagitos en frascos de cristal suficientes para devorar a un rebaño de elefantes.

—¿Qué tamaño tienen esos zoofagitos?

—¿Tamaño? ¡Oh, tenían milésimas da pulsada! Era preciso verlos en el microscopio... A ruegos de su... de esta bella señorita, he traído algunas fotografiar, ampliadas, de esa rara especie de animales de hidrógeno. Mire usted...

Al decir esto, Graham sacó del bolsillo una serie de papeles, entre los que habían facturas del sastre, cuentas de la tienda, boletos de las carreras de caballos y entradas de cine sin utilizar.

—¡Cuántas cosas, Dios! —rezongó el sabio—. Ah, aquí están… ¡Ah, no; ésta es la fotografía de mi nieta Maureen! Reside en Australia, con mi hija… ¿Dónde las puse?

—Las guardó usted en el bolsillo interior —apuntó Laura, graciosamente.

El profesor hurgó en el bolsillo indicado por Laura y exclamó:

—¡Ah, sí, aquí están! ¡Mire usted, señor Helmut; éstos son los zoofagitos! Que raros, ¿eh?

Karl tomaba las fotografías en el momento en que un empleado de Víctor se acercaba a la mesa y decía:

—Un “visofonazo” del Secretario de las Naciones Unidas, jefe. Espera.

—Voy allá… Disculpadme. Vuelvo en seguida.

Víctor Kamel se alejó, mientras sus invitados continuaban comiendo los delicados manjares quo les servían las exquisitas camareras, para las que Laura y Annette sólo tenían miradas de desdén, pero a las que Karl devoraba con los ojos, tanto descaradamente, de frente, como al descuido, de soslayo.

Había una, llamada Irma, que era excepcional. Y, por cierto, la tal Irma tampoco parecía perder ojo a los gestos y movimientos de Karl, pues llegó hasta a guiñarle un párpado, con insinuante picardía.

—¿Cree usted que estos animalitos podrían devorar a una persona?

—Naturalmente, señor Helmut —contestó el profesor Graham.

—¿Cuántos bichitos de éstos serían necesarios para devorar a un hombre?

—¡Hum! Curiosa pregunta… Se pueden calcular en un billón de ellos.

—Y ¿puede haberse encontrado el medio de contenerlos dentro de una píldora corriente, o en el interior de una pequeña aguja hipodérmica?

—¡Hombre, hombre!… ¿Cómo voy yo a saber esas cosas?

Víctor apareció en aquel momento. Venia demudado, pero no se acercó a la mesa, sino que llamó a Karl, quien se levantó y se le

acercó.

—¿Qué ocurre?

—Golpe de estado en Kupanga. El presidente Bukene ha sido asesinado igual que su antecesor. Parece ser que se lucha en las calles y el ejército está dividido en bandos.

»¡Debes marchar inmediatamente para allí! ¡Parece que el mariscal Grissand está mezclado en algo de todo eso!

IV

Después de efectuar dos vertiginosas pasadas sobre la capital de Kupanga, y apreciar fugazmente los diversos incendios que reinaban en la población, Karl Helmut hubo de alejarse velozmente, esquivando los proyectiles teledirigidos y la escuadrilla de reactores “Zop—509”, de las fuerzas aéreas kupangas, que, como enjambre de abejas furiosas, pretendieron abatirle.

Burlar a tan anticuados aparatos fue tarea fácil para Karl y sus dos preciosas ayudantes, pero hubieron de buscar refugio en las profundidades submarinas, como modo más directo de ahuyentar a tan enojosos seguidores.

Una vez en el fondo del Atlántico, en la superficie continental, a doscientos metros de profundidad, entre impresionantes montañas marinas y enormes y extraños peces que les contemplaban a través del parabrisas irrompible, Karl celebró consulta con sus ayudantes.

—Hemos de dirigirnos a Porto Amboin, pero parece ser que están excesivamente suspicaces en este primer día de revolución.

—¡Creo que nos vamos a meter en un aprieto gordo! —exclamó Annette, pensativa.

—Yo estoy segura —añadió Laura.

—No hay más remedio que ir. En primer lugar, necesito hablar con ese misterioso y extraño mariscal Grissand, que parece ser el cerebro motor de todo esto, o, al menos, quien manda las tropas.

»Según el informe que me dieron, Grissand es francés, y ayer se encontraba en alguna parte de la Sierra de Dundo, organizando sus tropas para el levantamiento. Por eso no pude establecer contacto con él, o bien no quisieron darme razones de su paradero.

—De todas formas, cuando tú llamaste a la estación “W23—12”, la revolución ya estaba en marcha —agregó Annette.

—Eso deduzco… Y el presidente Bukene estaba atravesando ese incógnito umbral que conduce al más allá insondable —terminó Karl, pensativo.

—¿Cuál es el plan?

—Voy a teñirme la piel de negro. Necesito un tinte resistente. Tráeme el maletín de los disfraces, Laura. Tú me harás ese trabajo.

—¿No crees que debería acompañarte alguien? —interrogó

Annette.

—No. Sois demasiado preciosas para que os exponga a perder la vida en una revuelta. Esta noche nos acercaremos a tierra, nos situaremos cerca de la playa, sin despegarnos del suelo y saldré.

»Llevaré conmigo una cámara de iones herzianos, de las más pequeñas, sujeta a las ropas.

—¿Podremos lanzar cargas paralizantes a través de ella?

—Si el caso lo requiere, sí. Pero antes os avisaré por el radioteléfono de “Brig”. —Al decir esto, Karl se tocó la funda que llevaba al cinto, en donde guardaba su preciosa pistola de los mil usos—. De todas formas, estad preparadas para pasar a la acción en cuanto yo os avise. Y tened las baterías bien cargadas. Puedo que no resulte fácil moverse en el avispero.

—Tengo miedo, Karl —murmuró Laura—. Presiento cosas nefastas.

—¡Vamos, bobita! ¿Que crees que le puede ocurrir a tu papaíto querido? ¡Con tal de seguir estando a tu lado... —Ante la amenazadora mirada de Annette, Karl hubo de rectificar, añadiendo —: a vuestro lado, soy capaz de regresar del mismo infierno!

Al terminar de decir esto, besó primero a Laura y luego a Annette. Esta última le echó los desnudos brazos al cuello y gimió:

—Si te perdiera...

—¿Qué? —preguntó él, halagado.

—Soy capaz de bombardear Porto Amboim.

—¡No, por Dios, Annette! Usa la inteligencia esa tan preciosa que Dios te ha dado. Además, hombres como yo hay muchos.

—¡Basta ya! —intervino Laura—. ¡Venga usted, don Juan! ¡La maquilladora está preparada!

En pocos momentos, Karl quedó vestido sólo con los calcetines. Sus dos ayudantes, sin el menor recato, empezaron a embadurnarlo, valiéndose de pequeñas esponjas, de una substancia que penetraba en la piel, dejándola como el ébano, reluciente, y que no era fácil quitársela con detergentes o jabones. Cuando Karl quisiera recobrar su color natural, habría de someterse a un tratamiento químico, ideado por Annette, que le devolvería su bronceado propio.

También fue preciso teñirle el cabello. Era poco frecuente ver africanos rubios, como era Karl.

Durante esta última operación intervino Ling—Suh, quien dijo:

—Yo tenel tenacillas para lizal el pelo... En pocos minutos, dejal su cabello como el neglo Tom.

—¿Quién es el negro Tom? —preguntó Karl, sorprendido.

—¿No ha leído usted la histolia de “La cabaña del tío Tom”, señol?

Todos rieron. Sin embargo, con unas tenacillas calientes, Ling—Suh hizo un excelente trabajo en la cabeza de Karl. Tanto es así que, cuando hubieron terminado, y Karl vestía ya ropas ligeras, holgadas y claras, como la mayor parte de los moradores de Kupanga, salió “Lupo” de su perrera y se puso a ladrar con hostilidad hacia Karl, por no reconocer a su amo.

* * *

Aquella noche, el “Ígneo” se deslizó, rozando el fondo del mar, por si los kupangos tenían aparatos de rastreo o radar escudriñando el mar, hasta penetrar en el mismo muelle de Porto Amboim. Allí, envuelto en una funda—traje impermeable, fue lanzado por una de las toberas de popa, hacia un viejo embarcadero, mientras el “Ígneo” se deslizaba de nuevo fuera del puerto, sin alterar la quietud que reinaba a tales horas.

Karl nadó brevemente y sacó la cabeza fuera del agua. Se agarró a un carcomido pilón de madera y se izó, trepando por él, hasta un travesaño. Aquel lugar apestaba, por estar situada allí una de las bocas de la estación depuradora de detritus.

Sentado sobre el travesaño, bajo el embarcadero, se despojó de la funda—traje y la dobló, dejándola en un rincón, embutida entre las maderas, para luego deslizarse entre los travesaños y pilones, hacía el embarcadero que había a menos de diez metros.

No era un ejercicio fácil para un hombre corriente. Karl, sin embargo, no era un hombre corriente. Era excepcional. Se ejercitaba cada día intensamente, al amanecer, y estaba siempre en perfecta forma física.

Al asomar por entre las traviesas del embarcadero, creyó escuchar estampidos lejanos. También, a los pocos minutos, el cielo se llenó de estruendo al pasar sobre el puerto una escuadrilla de aviones “Zop—509”, que, al parecer, recorrían toda la costa del país.

En el puerto habían numerosos buques, antiguos y modernos, pero todos tenían las luces apagadas. Debían de obedecer una

consigna dada por las autoridades militares.

Karl, por mucho que miró a través de sus gafas de cristales especiales, que le permitían ver en la oscuridad, no vio a ningún ser viviente. Por esto salió sigilosamente del muelle, avanzando hacia donde había numerosas montañas de lingotes de hierro, primera producción nacional.

De pronto, se detuvo.

Acababa de descubrir a alguien, moviéndose con cautela entre las pilas de lingotes. Instintivamente, se echó al suelo. Y actuó a tiempo, pues en aquel instante un potente foco rectilíneo se iluminó, pasando su haz por encima de donde estaba Karl tendido.

Su oculto sentido le había advertido a tiempo. Estaba seguro de que si le alcanzaba aquel rayo de luz, algún efecto nocivo se habría producido en él. No era luz corriente, ¡sino un foco de luz cósmica, que habría producido trastornos en su organismo!

Se arrastró, cuando el foco se apagó. Ahora sabía dónde estaba el enemigo, vigilando. El hierro y la gran demanda que existía en el mundo de dicho metal hacía que fuese muy vigilado.

“Antes de atacar, necesito saber cuántos hay. No puedo correr riesgos”, se dijo.

Por tal motivo, Karl esperó a que en el cielo se produjese aquel nuevo estruendo de los aviones a reacción, para saltar adelante, con la pistola en la mano, dispuesta para lanzar una o varias descargas paralizantes.

“Brig” iba dispuesta con varios dispositivos y con ella se podía disparar balas mortíferas, agujas narcóticas, “silbidos” de aire adormecedor, y hasta balas perforadoras, así como un rayo desintegrante que Karl sólo había empleado una vez en su vida, y no precisamente contra un ser humano, sino contra un “triphon” venusino que ya caía sobre él, con ánimo de destrozarle.

Con la yema del dedo índice, Karl situó el disparador en la posición de lanzar una carga paralizante y oprimió el gatillo hacia la sombra que se alzó ante él, al disiparse el ruido de los aviones.

El guardián quedó inmóvil en el acto. Pero otro surgió de detrás de la montaña de lingotes de hierro. Karl le vio y hubo de disparar de nuevo.

Observó, gracias a las gafas que llevaba puestas, que ambos individuos vestían uniformes verdes, pero, en vez de ir descubiertos,

como los dos primeros que viera la primera vez que llegó a Kupanga, éstos llevaban cascos—auriculares y extrañas armas.

Antes de preguntarles nada, Karl les quitó las armas y les despojó de los cascos, comprobando que ambos llevaban radios en la cintura, y que posiblemente estarían en contacto con alguna estación de control.

«¡Ah, pensó, estos tipos no son muy de fiar! Si alguno habla o dice algo, sus jefes se enteran al momento. Pero si desconecto las radios, para interrogarlos, lloverá sobre mí un enjambre de soldados Que me freirán en pocos segundos. ¡Hay que ser prudente, Karl; no te precipites!»

Lo que hizo fue arrebatarles cascos—auriculares y radios, y llevar dichos aparatos al otro lado de la pila de lingotes de hierro. Luego, regresó y se encaró con el hombre que tenía más cerca, diciéndole en idioma kupango.

—Soy un curioso ciudadano del mundo que desea saber lo que ha ocurrido aquí. ¿Puedes tú decírmelo?

El hombre, naturalmente, no contestó. Pero Karl sabía cómo hacerle hablar. Y, para ello, sólo tuvo que agarrarlo, tenderlo en el suelo y sentarse sobro su pecho. Extrajo luego del bolsillo una cajita metálica, la abrió y tomó una ampolleta de cristal, a la que rompió la punta.

El cristal fue hundido en el cuello del individuo, sin muchas contemplaciones. Brotó un hilillo de sangre, pero a los pocos minutos, el hombre, que continuaba sin poder moverse, balbuceó:

—¿Qué...? ¿Qué me ha ocurrido?

—Abre bien los ojos, moreno —le dijo Karl—, y verás el cañón de mi pistola ante ellos. Estás paralizado, pero tu cerebro sigue activo, y tus cuerdas vocales han recobrado la movilidad. Con esto quiero decirte que, como no hables, tu vida se acabará muy pronto.

—¿Quién es usted?

—No, no. Las preguntas las haré yo. ¿Quién eres?

—Soldado del Liberador.

—¿Quién es ese liberador?

—Yo no le conozco. No le he visto nunca. Nos dirige por radio.

—¡Empiezo a comprender! Un sistema inédito de hacer revoluciones. Cien mil cascos auriculares, cien mil aparatos de radio y se forma un ejército. Pero ¡eso no es defender una causa!

—Defendemos Kupanga de la expropiación extranjera.

—¡Huy, eso suena a caduco! Apuesto a que detrás de esa expropiación hay algún país que busca el hierro de Kupanga. ¿No han matado a Kiri Ubongo y a Billy Bukene por ese motivo?

—¡Eran traidores! ¡Estaban vendiendo nuestro país a los extranjeros!

—No, hijo. Lo que hacían era venderles el hierro que tenéis en tanta abundancia en vuestras montañas. A cambio de ello, el gobierno de Kupanga recibía buenos dólares, lo que os permitía ser un país rico y sin preocupaciones... Y ¿qué tiene que ver el mariscal Grissand en todo esto?

—¡Nada! ¡Grissand es un traidor! —masculló el soldado.

—¡Vaya, hoy no estoy fino! ¡No doy una en el blanco! ¿Tampoco sabes nada del señor Adro Thun?

—Sí. Le tenemos detenido en la fortaleza de Lumanx.

—¿Lumanx? ¿No es eso un hospital recientemente construido en la selva?

—Sí.

—¿Hacia dónde cae?

—No lo sé. Sólo sé que está en la selva. El traidor Thun, Beatriz Sabaya y algunos más, fueron llevados allí esta tarde. Creo que serán desintegrados.

—Y ¿contra quiénes habéis estado luchando?

—Contra los traidores que manda el comandante Jali, el cual ha sido muerto y despellejado.

—¡Ah, vamos, le habéis dado trato de presidente de la República!

El soldado no contestó. No captó la ironía de Karl.

—Ya sé lo que necesitaba saber de ti. No creo que puedas decirme nada más; por lo tanto, voy a dejarte aquí, mudo y paralítico. Pero te recobrarás dentro de un par de horas. Entonces, óyeme bien, si nadie te ha echado de menos, olvida que me has visto y hablado. Recoge tu casco y tu arma, que están detrás de esta montaña de hierro, y reanuda tu guardia. ¿Me comprendes?

—Sí.

—No lo olvides. Tu vida peligra. Adiós, morenito.

* * *

Karl cruzó la población, deslizándose como una sombra, pegado a

los edificios o a los setos de los jardines, que abundan en la ciudad por ser sus habitantes muy aficionados a las flores, hasta que llegó al palacio presidencial.

Desde el lugar en que se encontraba, a más de quinientos metros, veía el movimiento de las tropas vestidas de verde, el ir y venir de los vehículos militares, y hasta, con ayuda de un amplificador de sonido, pudo escuchar órdenes que se daban a las tropas.

—Iréis al barrio de Calp... Buomo lleva la lista de los que debéis detener y llevar a Lumanx. Si alguien se resiste, matadle sin piedad.

—¿Y el grupo nueve? —Otra voz captada en el amplificador de sonido.

—Controla la estación de radio.

—El Liberador desea que enviemos a seis hombres y que el grupo nueve vaya al puerto.

—¿Con equipo de inmersión submarina?

—Sí, estúpido. ¿No son hombres rana? Han detectado ruidos sospechosos, como de submarino, en la bocana del pueblo.

—¡Está bien!

Nuevos gritos, órdenes y palabras inconexas, deshilvanadas. Karl no esperó más, retrocedió y llegó al muro y buscó un refugio entre los matorrales.

Entonces sacó la pistola y conectó el radioteléfono que llevaba en la culata, junto con otros aparatos más.

—Habla, Karl. ¿Me oyes, Laura?

—¡Oh, sí! Hemos estado llamándote desde hace un rato. Estamos en apuros.

—¿Qué os ocurre?

—Debemos tener algún buque sobre nosotros que nos está lanzando ondas vibratorias. Esto es insoportable, Karl. ¡No podemos evadirnos ni manejar los mandos!

—¡Haced algo! Contrarrestar esa fuerza vibratoria. Me he enterado de que un equipo de hombres ranas va hacia el "Ígneo".

—¡Es imposible hacer nada, Karl! —exclamó la desesperada voz de Laura König—. Los reactores no funcionan. Cualquiera que sea lo que nos retiene, que supongo debe de ser un moderno cazasubmarinos, está provisto de aparatos ultramodernos y poderosos... ¡Oh, Karl, dice Annette que nos están levantando!

—Debe tratarse de un potente imán magnético. ¿No podéis

lanzarle una carga fulminante?

—Annette lo ha intentado, pero el proyector no ha funcionado. Nos han paralizado… ¡Y hasta te oigo con dificultad! ¿Tú me oyes bien, Karl?

—Perfectamente —replicó él—. Pero mucho me temo que hayan detectado ya mi onda. Voy a cortar. Haced lo que podáis. Os atacarán hombres ranas… ¡La Sección “Cero” no puede fracasar!

Karl levantó la cabeza al cielo. Vio un helicodisco descender raudo hacia el parque en donde se encontraba. ¡Y también vio un rayo azulado pegar contra el suelo, a pocos metros de donde él estaba, surgiendo un fogonazo chisporroteante!

Empuñando la pistola, se zambulló en dirección contraria, alejándose de aquel rayo de muerte. Estaba sorprendido de que le hubiesen detectado tan rápidamente, pero no se daba por vencido.

Cuando levantó la pistola para disparar, había puesto el disparador en la posición de “rayo desintegrante”.

El helicodisco efectuó otra pasada, regando el suelo, los matorrales y los árboles con su rayo destructivo.

Entonces disparó Karl.

Hubo una cegadora explosión en el aire y el aventurero se vio lanzado a varios metros de distancia, donde quedó algo aturdido. Pero se levantó y echó a correr como un gamo.

En la puerta del parque, luces y órdenes le indicaron que la tropa revolucionaria había llegado ya.

Karl no se entretuvo. Con sus poderosas piernas, capaces de alcanzar una velocidad increíble, pegó un brinco y aterrizó al otro lado del muro. Entonces corrió hacia el puerto.

Desde una azotea le dispararon con proyectiles convencionales, y las balas pegaron a sus pies, levantando esquirlas de asfalto. No le dieron, como tampoco le alcanzó un foco de luz cósmica que surcó la oscuridad a su encuentro.

Karl vio moverse el rayo de luz y se echó al suelo en el último instante. La vibración de las moléculas, sacudidas por el rayo, fue captada por su oído y esto le indicó lo cerca que había estado de la muerte o de la mutilación.

Los efectos que en la piel producía aquel rayo fatídico era como si, en un segundo, uno recibiese varias semanas de radiaciones solares, tendido en una playa. Surgían violentas ampollas y la carne

se calcinaba bruscamente, con el consiguiente e insoportable dolor.

Karl conocía aquel rayo, porque él, en día de sol, podía producirlo con ayuda de las gafas lenticulares que llevaba puestas, añadiéndole un lente bifocal con un filtro calorífico.

Sólo había un lugar donde pudiera considerarse a salvo de aquellos peligrosos disparos. Y precisamente era donde se dirigía ahora: ¡hacia el fondo del mar!

En primer lugar, la experiencia le indicaba que había equivocado el plan de ataque; en segundo lugar, sus compañeras estaban en peligro. Y antes que averiguar lo que sucedía en Kupanga, Karl era partidario de socorrer a sus amantes amigas.

Corrió seis kilómetros con una celeridad increíble, llegó al puerto, esquivando nuevos disparos, habiendo de emplear a “Brig” varias veces, y luego se zambulló de cabeza en las aguas del Atlántico, para nadar entre aguas también con sorprendente velocidad.

Karl no tenía necesidad de sacar la cabeza del agua para respirar. Iba provisto de todos los elementos necesarios para las más insospechadas dificultados. Sólo tuvo que introducirse el cañón de la pistola en la boca y pulsar un nuevo resorte del disco distribuidor. Del cañón del arma empezó a salir oxígeno que alivió sus pulmones, mientras que de su nariz, con un ritmo acompasado, surgía el anhídrido carbónico en forma de burbujas.

De aquel modo, nadando con ambas manos, y con la extraña y salvadora pistola en la boca, Karl fue acercándose a la salida del puerto, donde un enorme buque de guerra, con potentes focos que iluminaban las aguas, estaba haciendo una extraña maniobra.

Karl se detuvo para darse cuenta de la aterradora realidad.

—¡Están lanzando una gran red metálica, para apresar en ella al “Ígneo”! —se dijo—. Los hombres rana que han mandado llamar ya deben de estar preparándose para cerrar la trampa... ¡Y dentro de esa red van a quedar aprisionados mis compañeros! ¡No, nada de eso; tengo que impedirlo!

Braceando furiosamente, Karl se sumergió en las profundidades.

A los pocos minutos de bracear, sintiendo zumbarle los oídos a causa de la acentuada presión, vio las luces de los hombres rana... ¡Y más abajo, inmóvil y suspendido entre dos aguas, descubrió al “Ígneo”!

Sin vacilar, Karl se preparó para el ataque, inhalando gran

cantidad de oxígeno y empuñando luego la pistola. Como una saeta, fue hacia el enemigo más próximo.

V

De pronto, Karl sintió que la pistola se le escapaba de la boca, como siéndole arrancada por una violenta fuerza invisible. También de sus bolsillos surgieron impetuosamente varios objetos metálicos mientras otros tiraban de sus ropas hacia arriba.

Karl braceó con energía, intentando librarse de aquella fuerza magnética que le izaba, y hubo de desprenderse de cuantos objetos llevaba consigo para poder nadar.

Sin embargo, el oxígeno se le había acabado y se encontraba a bastantes metros de profundidad, por lo que hubo de nadar hacia arriba, intentando llegar a la superficie, en busca del aire necesario para sus pulmones.

No pensó en nada, excepto salvar la vida. Se había metido en una trampa, en su afán de ayudar a los suyos, y ahora la fuerza magnética que tenía inmovilizado al "Ígneo", izándolo hacia el cazasubmarinos, le había desarmado también a él.

Afortunadamente, cuando ya sus pulmones estaban a punto de estallar, su cabeza emergió sobre las olas. Se tendió en posición inmóvil, para recobrar el aliento.

Oyó gritos y ni siquiera movió la cabeza. El esfuerzo le había agotado.

"¡Qué estúpido he sido! Debí suponer que se trataba de una fuerza magnética... ¡Y lo supuse, naturalmente! Pero creí poder librarme de ella... Ahora, todo se ha perdido... ¡Todo! ¡Karl Helmut, el vanidoso, ha fracasado! ¡Me está bien empleado!"

Una lancha se acercó rápidamente a él. Varios brazos se tendieron a sujetarle. Una voz le preguntó en kupango:

—¿Quién eres tú?

—¿No ves que está medio ahogado? —exclamó otro—. Hay que hacerle expulsar el agua que ha tragado... ¡Pronto, ponedle boca abajo!

Los tripulantes de la lancha eran marineros kupangos, quizá procedentes del cazasubmarinos. Karl no estaba seguro de ello. Respiraba con dificultad, extenuado por la profunda inmersión, y ni siquiera se dio cuenta de que le registraban, aunque, por fortuna para él, no le encontraron encima ninguno de los aparatos y objetos

metálicos que llevaba habitualmente.

Sus ropas eran como las de los naturales del país, carecía de documentación, y su piel era negra como el ébano. Su rostro estaba perfectamente maquillado, de forma que el agua no le había afectado para nada. Por todos estos motivos, sus captores le tomaron por un compatriota.

De aquel modo, Karl se vio conducido al cazasubmarinos, no dando a entender en ningún momento que iba recobrando las fuerzas. Por el contrario, se dejó llevar entre dos hombres, medio desmadejado, arrastrando los pies por la escalerilla y cayó flácidamente sobre la cubierta del buque cuando le soltaron.

—¿Quién es? ¿De dónde ha salido este individuo? —preguntó un oficial que vestía uniforme verde, como un soldado de los que Karl había visto en tierra.

Estaba observando a su alrededor. En el buque reinaba gran movimiento. Las órdenes iban de un lugar a otro, y pronto comprendió Karl cuál era el objetivo del buque.

—¡Ya está a veinte brazas! —gritó alguien, que se hallaba asomado sobre la cubierta de aquel moderno cazasubmarinos—. ¿Le han envuelto en la red?

—Creemos que sí. Pronto nos lo dirán los del grupo nueve —respondió otro.

—Debió tirarse al mar o lo arrojaron. Puede ser un enemigo de la causa que intentó huir.

—¡O un espía! —masculló el oficial, inclinándose sobre Karl.

—¿Qué hacemos con él? Está medio inconsciente.

—Llevadle a uno de los calabozos y ence… Quizá sea mejor que primero le vea el médico. ¡A la enfermería, pero vigiladle!

—Sí, teniente. Vamos, Bubú… Ayúdame a llevarle.

Karl fue levantado en vilo y conducido por sus dos captores hacia el interior del buque. Se deslizaron por un pasillo y luego descendieron una escalerilla, hasta detenerse en una sala en la que había varias puertas, todas marcadas con una cruz roja. Empujaron una de ellas. Un negro alto, con gafas y bata blanca, estaba allí, poniendo en orden un estante con medicinas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó aquel individuo.

—Hemos pescado a éste, medio ahogado. El teniente Makumi ha dicho que le traigamos aquí.

—¡Ah, ponedle sobre la mesa! ¡Con cuidado! ¿Es un enemigo o un amigo?

—No lo sabemos, doctor. El teniente ha dicho que le vigilemos.

—¡Hum! Parece estar muy agotado… Respira con dificultad. ¿Dónde está mi ayudante?

—No le hemos visto. Hay mucho jaleo en cubierta. Están apresando un submarino.

—Sí, sí… —El doctor abrió los párpados de Karl, luego le auscultó el pecho con el oído—. Ve a buscar a mi ayudante, Bubú. Dile que en cubierta nada tiene que hacer y que su puesto está aquí.

—Sí, doctor.

El hombre salió precipitadamente. Y nada más hubo salido cuando sonó un timbre.

El médico dejó a Karl para volverse y pulsar el contacto de un visófono que había sobre una mesa.

—¡El doctor Asangi!

—¿Qué ocurre?

—Venga inmediatamente a popa. Un hombre rana se ha pillado una pierna con la red, al apresar al incursor… ¡Sangra en abundancia!

—¡Voy inmediatamente!

El doctor Asangi tomó una maleta metálica y se volvió al otro individuo.

—Este hombre no tiene apenas nada. Pronto se repondrá… Cuando venga mi ayudante, que le atienda. Salió precipitadamente de la enfermería y el marinero vestido con uniforme verde se le quedó mirando, perplejo.

—¡Vaya! ¿Qué hago yo aho…?

No pudo decir más. Karl saltó en aquel instante, atenazándole del cuello. Sólo tuvo que apretar levemente en la nuez del individuo y éste pareció desarticularse, quedando con la cabeza doblada sobre el hombro.

Karl le había presionado en el punto neurálgico preciso para hacerle perder el conocimiento. De haber apretado con más fuerza, el hombre habría muerto.

En un instante, Karl lo arrastró hacia un armario y lo dejó sentado en un ángulo, de forma que no podía vérsele fácilmente desde la puerta.

Luego, Karl salió de la enfermería, deslizándose como una pantera hacia la libertad. Le hubiese gustado poseer un arma, pero el individuo que había atacado, al igual que su compañero, iban desarmados. Debían, de pertenecer a un grupo de socorro del cazasubmarino y su servicio no requería armas.

Sin embargo, en sus manos, Karl Helmut tenía poderes casi absolutos. Sus brazos eran como fibras de acero, musculosos y potentes, y el ejercicio a que estaba habituado le permitía atacar, golpear y defenderse con una celeridad que asombraría a cualquiera.

Subió la escalerilla y corrió por el pasillo, para meterse en un cuarto cuya puerta estaba entornada. Había escuchado brevemente antes de entrar. Ahora, se encontró en un camarote, donde vio algunas prendas de ropa en desorden, como si alguien se hubiese quitado el uniforme de oficial de la armada kupanga para ponerse otro.

Karl dedujo que a la tripulación del cazasubmarinos la habían obligado a quitarse el uniforme de la Armada de la República para ponerse aquel extraño equipo, color verde. Y le hubiese gustado encontrar un ropaje a su medida. Por más que buscó, sin embargo, no lo encontró.

Después de haber abierto el portillo y mirado fuera, oyendo voces en cubierta, decidió buscar en otro camarote. Y así lo hizo. Estando toda la tripulación en sus puestos de acción, los camarotes de oficiales se hallaban desiertos. Pero en tres que recorrió no encontró la ropa que necesitaba. Fue al intentar salir cuando vio a tres hombres armados que avanzaban por el pasillo. Era un oficial y dos soldados o marineros armados.

—¡Mirad en todos los camarotes! ¡Ha de estar en alguna parte!

“Me buscan”, pensó Karl, ocultándose y entornando la puerta.

Fugazmente, había vislumbrado al oficial. Se trataba de un negro alto y de porte distinguido, como correspondía a un oficial de marina y Karl creyó que sus ropas le vendrían a él casi a medida.

Por este motivo se apostó junto a la puerta y aguardó. Oyó abrirse y cerrarse puertas. También escuchó gritos de alborozo en la cubierta, lo que le hizo suponer que el “Ígneo” había sido ya izado a la superficie. Pronto, Laura, Annette y Ling—Suh se encontraría detenidos, ¡si no les ocurría algo peor!

—En el camarote del teniente Makumi —oyó decir, fuera, en el

pasillo.

La puerta se abrió y la mano de Karl salió despedida, trazando un arco en el aire. El marinero recibió un fuerte porrazo en el cuello y retrocedió, ahogando un grito.

Inmediatamente Karl salió del camarote, saltando hacia el oficial y pegándole con las puntas de los dedos en cierta parte de su anatomía. Un grito escapó de labios del agredido, al cual ya no prestó Karl la menor atención, yendo ahora hacia donde se abría una puerta y aparecía el tercer individuo.

A éste le atacó con ambas manos, golpeándole al unísono, con los filos de ambas manos, en el cuello. El doble golpe hizo bizquear al agredido, que había intentado levantar el fusil paralizante que llevaba. Luego se desplomó como un guiñapo.

La fugaz agresión se había producido en un tiempo ínfimo. Karl no perdió tiempo, arrastrando a sus víctimas hacia el interior de uno de los camarotes y empezando a desnudar al oficial.

No se había equivocado en su apreciación. El uniforme verde del oficial le venía casi a la medida. También se apoderó de su cinto y de la funda en donde estaba la pistola. Examinó ésta y vio que se trataba de una paralizadora corriente, aunque iba provista de un dispositivo para convertirla en desintegrante, aumentando el poder radial de la descarga iónica. Karl conocía aquella arma. Era la que empleaban casi todos los oficiales del ejército de cualquier país, así como la policía de orden público.

Se guardó el arma y se dispuso a salir del camarote. Antes, escuchó. Arriba, en cubierta, las órdenes llegaban hasta él de modo confuso.

Salió y avanzó por el pasillo, dirigiéndose hacia la escalerilla. A la salida había un hombre armado con un viejo fusil convencional. Al verle, le saludó, sin decirle nada.

Karl respondió al saludo y salió a cubierta, yendo hacia donde corrían algunos marineros.

Desde un ángulo de la estructura, pudo ver a la dotación de una fiera y ominosa ametralladora de rayos desintegrantes, que apuntaban hacia algo que se encontraba a estribor del cazasubmarinos, colgando del cable de una grúa.

Desde donde él estaba, no podía ver de qué se trataba, pero lo supuso, al ver a varios marineros junto a la borda, empuñando sus

armas, a hombres ranas, con trajes de goma verde, dando órdenes al que manejaba la grúa, y a varios oficiales yendo de un lugar a otro, cumpliendo sus cometidos.

También vio venir hacia él, procedentes de popa, un piquete de marineros armados al mando de un oficial. Por esto fue hacia estribor, a confundirse entre los hombres que allí veían sacar al "Ígneo" del agua, envuelto en la red.

—¡Ordene que retiren la vibración magnética! —oyó decir Karl a uno de los hombres rana.

El corazón de Karl sufrió un vuelco. Sabía lo que aquello significaba. Y no vaciló ni un instante. Fue hacia la borda, se subió en ella y se dejó caer, ante el estupor de los marineros que estaban a su lado.

Se hundió en las aguas y nadó velozmente bajo la quilla plana del cazasubmarinos. Por suerte, el buque era nuevo y tres miradores submarinos estaban iluminados, por lo que se veía perfectamente bajo el agua. Gracias a eso, pese a que la funda de la pistola que llevaba tiraba de él hacia arriba, hacia la quilla, pudo moverse con rapidez hasta encontrar el gran disco giratorio y magnético, en donde estaban los objetos que él andaba buscando.

Vio allí, imantada por el poder magnético que había paralizado al "Ígneo" su pistola "Brig" y los objetos que había llevado poco antes en los bolsillos, causa de que estuviese a punto de perder la vida.

Tuvo tiempo de recogerlo todo.

Luego, el disco, que tendría unos seis metros de diámetro, dejó de girar, empezando a perder revoluciones, y algunos viejos hierros, recogidos del fondo del mar por la potente atracción, se desprendieron.

¡Karl había llegado a tiempo de rescatar sus armas antes de que cayeran al fondo, donde posiblemente, no las hubiera encontrado jamás!

De nuevo volvía a tener su "Brig", arma con la que se consideraba casi invencible.

En el mismo instante en que el disco cesaba de girar, Karl vio las zambullidas de varios hombres—rana, que seguramente acudían en su búsqueda. Se había lanzado al agua en presencia de casi toda la dotación del cazasubmarinos y esperaba aquella reacción.

Por eso, sin vacilar un momento, puso la pistola en posición de

abrir fuego bajo el agua y disparó sin vacilar hacia el primer submarinista que vio.

El kupango se contrajo violentamente, alcanzado por la descarga paralizante. Otro de sus compañeros corrió igual suerte, pero un tercero se zambulló velozmente, pretendiendo esquivar, a la vez que lanzaba un agudo y centelleante arpón del que iba provisto.

El dardo metálico pasó rozando a Karl, quien se ladeó con vertiginosa furia, conteniendo el aliento hasta el límite máximo, para nadar veloz y apartarse del foco de luz que le delataba.

Aún tuvo ocasión de disparar de nuevo, y esta vez, el cuarto hombre rana fue alcanzado. El otro logró escapar y salir a superficie, a dar cuenta de lo que ocurría.

Karl no se entretuvo a esperar los resultados. Nadó con vigor y se dirigió hacia la proa del navío, para sacar la cabeza fuera del agua y tomar aliento, cuando ya empezaba a faltarle de nuevo la respiración.

Habría podido inhalar oxígeno del dispositivo que tenía “Brig” en sus entrañas, y que tantas utilidades le proporcionaba. Pero los segundos tenían una importancia vital en aquellos momentos. Perder uno sólo podía significar la muerte de cualquiera de sus ayudantes.

La proa del cazasubmarinos era saliente, por lo que en aquel punto era difícil que le vieran. Además, las dos anclas estaban echadas, y esto era lo que buscaba Karl para izarse hacia el buque.

Oyó gritos y órdenes en la cubierta del buque. Y también oyó una voz que rugía, por un altavoz:

—¡Si no abren, destrozad la puerta!

Debía de ser el capitán, desde el puente, dando instrucciones para que abrieran la portezuela del “Ígneo”.

Karl se agarró a la cadena del ancla de babor y empezó a trepar como un mono, llevando la pistola en la boca, sujeta por el cañón, a fin de utilizarla rápidamente si alguien se asomaba por la borda.

Y así ocurrió.

Un rostro apareció sobre él. Gritó. Luego, quedó mudo y paralizado, a causa del disparo que le hizo vertiginosamente Karl, sin dejar de subir por la cadena.

Un instante después, se apoyaba en el saliente de la gatera y brincaba, saltando sobre cubierta. Varios marineros corrían hacia él.

Sólo dos iban armados. Y éstos fueron los primeros en caer, a consecuencias de las sucesivas descargas que realizó Karl. Luego se deslizó como un rayo hacia el costado de estribor, donde habían veintitantos hombres en torno al "Ígneo", su bólido rojo, "autosubavión", aún medio envuelto en la red.

Karl disparó furiosamente hacia allí. Los hombres se quedaron en las posturas en que los sorprendía la potente descarga. Nadie, ni siquiera los sirvientes de la ametralladora, sobre la estructura del buque, pudieron reaccionar.

¡Todos quedaron paralizados en un instante!

Pero Karl continuaba corriendo y disparando hacia donde veía asomar una figura.

¡Matadle! —oyó gritar por los altavoces.

Y un fogonazo surgió de la cubierta, a escasos centímetros de donde él había estado décimas de segundo antes. Le disparaban desde el puente con fusiles desintegrantes. Los rayos destruían la cubierta, fundiendo el hierro y retorciéndolo como si fuese mantequilla.

No era fácil darle, gracias a su centelleante movilidad. En cambio, él se defendía con increíble vertiginosidad, volviéndose y lanzando invisibles descargas hacia sus atacantes.

Así pudo llegar donde estaba el "Ígneo", cuando ya nadie parecía hostigarle.

Sin embargo, al detenerse ante el parabrisas del "Ígneo", para llamar la atención a sus ocupantes, vio el rostro de Ling—Suh tras los cristales y le pareció que estaba haciéndole burla.

Le hizo señas, más el chino no se movió. Karl hubo de perder un precioso segundo hasta comprender que su amigo, ayudante y cocinero estaba insensibilizado.

En aquel mismo instante, a espaldas de Karl, desde un portillo, surgió el singular cañón de un fusil paralizante. Hubo un chisporroteo y la descarga envolvió al aventurero de origen alemán.

Karl no se contrajo. No se movió... ¡Pareció quedar fulminado o transformado en estatua!

Su mente se oscureció y su mirada quedó turbia automáticamente.

¡Estaba insensibilizado!

* * *

Karl Helmut abrió los ojos, sintiendo inmediatamente la rigidez del suelo metálico en su espalda. Estaba en un reducto oscuro, sin luz, pero no se movió. Necesitaba pensar y hacerlo con rapidez.

¿Qué le había sucedido?

En el repaso mental que efectuó a toda velocidad, los recuerdos volvieron a su mente. Se vio a sí mismo luchando a bordo del cazasubmarinos, en un ataque fugaz y temerario, donde la prudencia había sido abandonada al trepar por la cadena del ancla.

—¡He sido un majadero! —dijo en voz alta, quizá para cerciorarse de que continuaba siendo dueño de sus facultades vocales.

Un grito hirió inmediatamente sus oídos:

—¡Karl! ¿Dónde estás?

Era, sin duda, la voz de Laura König. Y había sonado á su derecha, en la oscuridad. Un instante después, las manos de la muchacha pelirroja le asían del brazo, mientras otras dos personas se arrastraban hacia él. Eran Annette y Ling—Suh, que también estaban allí.

En la oscuridad, se abrazaron efusivamente, preguntando todos a un tiempo.

—¿Dónde estamos?

—Esto es como una caja metálica y cuadrada, a donde no llega el menor ruido. No tiene puertas ni ventanas —explicó Annette—. He estado palpando las paredes sin encontrar nada.

Karl se incorporó, efectuó unas flexiones y luego repasó con las manos los contornos de las paredes, pretendiendo arañar el acero de que estaban formadas. Confirmó lo dicho por Annette.

—Nos han capturado —dijo—. Ahora nos tienen encerrados no sé donde. Acudí en vuestra ayuda, pero no sirvió de nada. El buque tenía en la quilla un dispositivo vibratorio de gran poder magnético.

”Ya casi dominaba la situación cuando debieron de insensibilizarme. ¡Qué mala suerte!”

—No te lamentes, Karl —declaró Annete—. Al menos, continuamos juntos.

—Mucho me temo que no será por mucho tiempo, queridas.

—Nos han quitado las almas —añadió Ling—Suh.

—¡Armas, estúpido! —exclamó Laura—. ¿Cuándo aprenderás a pronunciar la erre?

—Yo sentil mucho no podel hablal como vosotlas. Pelo…

Ling—Suh no pudo terminar su frase. Una potente luz se encendió en el techo, cegándoles momentáneamente, a la vez que una voz burlona resonaba dentro del metálico encierro:

—Buenos días, señor Karl Helmut y acompañantes. Lamento verles en tan precaria situación. ¡Es un honor para mí tenerles cautivos!

VI

—¿Quién es usted? ¿Dónde está? —preguntó Karl, sin poder abrir los ojos, a causa de la luz tan cegadora que caía sobre ellos.

—Me llamo Lasaka y hasta ayer fui ministro del ejército de Kupanga —continuó la voz que parecía filtrarse a través de algún altavoz situado en el techo—. Ahora soy el Liberador de África. Pronto, este continente tan rico será mío y de mis colaboradores. No hay fuerza humana capaz de oponerse a mis designios.

»No tengo intención de extender la guerra al mundo entero. Sólo deseo que África se cierre al exterior. Podría vengarme de las vejaciones que sufrieron mis antepasados en América, pero no soy loco y ambicioso.

»Este continente pertenece a los negros. Aquí nacimos y aquí viviremos, sin ayuda de los blancos. Será muy distinto a lo que ha sido hasta ahora, señor Helmut... ¡porque si los blancos quieren vivir, habrán de someterse a nosotros!

»Voy a citar algunos datos estadísticos para convencerles de mi idea. El sesenta por ciento del hierro que consume la industria mundial, está en África; lo mismo puedo decir del cobre, del tungsteno, del uranio y de otros metales. En este suelo hay vida para la raza negra, vida abundante y rica. Aislados del resto del mundo podemos sobrevivir sin agobios, mientras que la raza blanca habrá de sufrir incontables privaciones. ¿Comprende usted mi ideal, señor Helmut?

—Sí, creo que sí. Lo que no comprendo es por qué han matado al presidente Ubongo...

—¡Era un enemigo de la raza negra! ¡Estaba vendido a los gobiernos blancos! ¡Tenía que morir, lo mismo que Billy Bukene, quien no quiso aceptar nuestra política! —replicó con furia la voz de Lasaka—. Es preciso desembarazarse de traidores y eso hemos estado haciendo entre ayer y hoy. Por fortuna, el Ejército de Liberación ha triunfado ya, y el orden y la calma reina en toda Kupanga.

—Le deseo mucha suerte en su plan, Liberador Lasaka —repuso Karl, irónico—. No tengo el gusto de conocerle, pero me alegraría que nos sacase de este encierro y nos devolviera la libertad.

La respuesta del ex ministro del Ejército fue una risa burlona.

—Es usted un humorista, señor Helmut. ¿Quieren saber dónde se encuentran?

—¿En el hospital—prisión de Lumanx? —preguntó Karl.

—No, mi querido amigo. Lumanx está destinado a los que han de ser devorados por unos insectos insaciables que hemos reproducido.

—¿Los que les facilitó el mariscal Grissand?

—¿Que sabe usted de eso? —el tono de la voz de Lasaka cambió notablemente—. ¡Grissand es un traidor! ¡Tiene que morir!

—¡Oh, a mí no me importa que muera! No le conozco. Pero yo estoy muy enterado de lo que ocurro aquí. Más de lo que ustedes suponen. Digamos que lo sé todo, y la Agencia Kamel tiene informes fidedignos de sus estúpidos planes, Lasaka.

»En estos momentos, los gobiernos occidentales están preparando tropas para ser enviadas hacia aquí.

—¡Eso no es cierto! ¡Nadie sabe lo que ha sucedido en Kupanga! —chilló la voz de Lasaka en un tono agudo, como si Karl hubiese puesto en dedo en la llaga al decir aquello.

—Se equivoca, Lasaka. Ingleses, franceses, americanos y rusos están enterados. Ya sabrá usted que yo dirijo la Sección "Cero", que es un grupo dedicado a informar al Secretario General de la O.N.U. Nos enteramos de todo y por eso fui enviado aquí.

»Puedo demostrarle a usted, cuando quiera, que contamos con grabaciones mentales de los cerebros de Beatriz Sabaya, de Kalingali, del doctor Umbra, del comandante Jali, de Adro Thun, de...

—¿De Adro Thun? —pareció sorprenderse la voz de Lasaka.

Karl amagó una sonrisa. Había lanzado una mentira al aire y obtuvo una contestación significativa.

—Sí, del asesor jurídico Thun. Me introduje en su casa, le insensibilicé y le puse los registradores catódicos en la cabeza. Él ni se dio cuenta, porque le auto—sugestione al concluir. Por eso le digo que tenemos datos acerca de todo, incluyendo los zoofagitos de Paul Grissand.

La luz se apagó bruscamente, dejando a los cautivos en la oscuridad de nuevo. Karl continuó hablando, pero Annette le interrumpió, diciéndole:

—No te molestes, cielo. Ya nadie te escucha.

—Les ha afectado mucho lo que les he dicho.

—Ellos creían que nadie conocía sus planes y ahora están preocupados —intervino Laura.

—No digáis nada más, nenitas mías. Pueden estar escuchando nuestras palabras. Ahora ya tienen en qué pensar... Pensemos nosotros también en el modo de salir de aquí. Es evidente que en el techo hay un renovador de aire. También está la luz y, posiblemente, una cámara de televisión por la que nos están viendo, incluso en la oscuridad.

Karl se paseó por el reducido encierro. Calculó que se trataba de una habitación de cuatro metros cuadrados, sin puerta, aunque supuso que algún muro debía descorrerse.

Annette y Laura también buscaron con las palmas de las manos, intentando llegar al techo, cosa que consiguió Laura subiéndose sobre los hombros de Karl

—¡Aquí está el cristal de la pantalla! —exclamó la pelirroja, para añadir—. ¡Y aquí hay unas rendijas muy finas por las que debe entrar y salir el aire!

—¿Oyes algo?

—No.

—Bueno, bájate.

* * *

Efectivamente, el muro empezó a descorrerse cuando menos lo esperaban. Primero vieron una rendija de luz diurna, y luego al pelotón de hombres armados y uniformados que les habían ido a buscar.

Al descorrerse todo el muro, llenándose aquel encierro de luz, se encontraron en un pasillo, al parecer de cemento, al fondo del cual había como una jaula metálica. En el techo del pasillo pudieron ver ventanas rectangulares de sólido cristal de roca... ¡Y peces que se movían como en un acuario!

Un oficial, provisto de una pistola paralizante, se adelantó hacia los prisioneros. Sonrió y dijo:

—Hagan el favor de seguirme. Les ruego que no intenten nada, pues mis hombres tienen órdenes de disparar. Sería inútil que intentasen escapar.

—¿Qué lugar es éste?

—La fortaleza submarina de Lumanx —contestó el oficial kupango.

—Yo creí que Lumanx era un hospital situado en la selva —repuso Karl, avanzando hacia el oficial.

—Eso cree mucha gente. Pero puedo asegurarle, señor Helmut, que estamos a cien metros debajo del agua, junto a la costa de Kupanga. Aunque no niego que nuestro cuartel general está en la selva, y que se le conoce con el nombre de Lumanx. Pronto verá usted por qué... Vengan por aquí.

Avanzaron por el pasillo, rodeados de los soldados kupangos.

Mirando al techo, podían ver el mar y su fauna a través de las claraboyas. Era de día y los rayos solares atravesaban aquella transparente sábana de agua, que daba tonalidades verdosas a la luz.

Al llegar a la jaula que había al fondo, con un gesto amable, el oficial invitó a los prisioneros a que entrasen.

Se trataba de un ascensor capaz para seis personas.

—Entren. Arriba les están esperando. Les deseamos suerte.

—Gracias, oficial. ¿Van a matarnos?

—De momento, creo que no. Si el Liberador quisiera ejecutarles, no era necesario sacarles de aquí. Tenemos medios para eliminarles sin salir al exterior.

—Es un consuelo, ¿no?

Cuando Karl y sus amigos estuvieron en la jaula del ascensor, la puerta se cerró silenciosamente, accionada desde afuera por el oficial. Luego, la cabina se puso en movimiento, ascendiendo rápidamente. Al detenerse, se abrió la puerta y se encontraron en una plataforma flotante, sobre el mar, de unos veinticinco metros de diámetro, en donde había un aparato volador pintado de verde, y una cincuentena de hombres armados que rodeaban la plataforma.

Otro oficial, un negro alto, correcto y educado, que se inclinó amablemente ante los prisioneros, aunque dirigió una mirada despreciativa a Ling—Suh, se les acercó, saludándoles:

—Buenos días. He recibido órdenes de llevarles ante el general Lasaka. Tengan la bondad de subir a ese aparato. Les ruego que no intenten escapar. No lo conseguirían y lamentaría mucho verme obligado a causar el menor daño a señoritas tan hermosas.

Aunque de labios de un oficial negro, tanto Annette como Laura se sintieron halagadas por aquellas palabras. Así, pues, siguieron a

Karl hacia el aparato, que era un “jet” de despegue vertical. La mitad de la guardia subió al aparato, detrás de ellos, junto con el oficial. La otra mitad fue hacia el ascensor del que habían salido los miembros de la Sección “Cero”, para entrar en la cabina y descender hacia el fondo del mar.

En dos o tres viajes, la plataforma flotante quedó despejada.

Luego, el “jet” puso sus motores en marcha y empezó a elevarse, sobre el mar, al mismo tiempo que la plataforma se hundía lentamente bajo las aguas, como succionada desde el fondo por los aparatos de extraña ingeniería instalados en la prisión submarina.

Momentos después, nada indicaba que sobre el mar hubiese existido una salida provista de ascensor.

Todo aquello pudo apreciarlo Karl desde una de las ventanillas del “jet”, al remontar el vuelo. Y se lo notificó al oficial que estaba sentado ante él.

—Sorprendente prisión, ¿verdad? ¿Quién la ha construido?

—El ejército de Kupanga, señor Helmut. Ese lugar pertenece a una serie de fortificaciones submarinas que protegen nuestras costas. Dentro de poco, todo el litoral de África estará rodeado de casamatas submarinas como ésa. Ya ha visto el modo de entrar o salir de ellas, aunque también hay túneles que comunican con tierra. Se están instalando las vías para el transporte de hombres y material.

—Así, ¿hace tiempo que trabajaban en esto?

—Varios años.

—¿Y el presidente Ubongo lo ignoraba?

—Naturalmente —repuso el oficial—. Él firmaba los proyectos normales del Ejército. El ministro Lasaka invertía los fondos en el nuevo Ejército… Bueno, creo que no debo hablarle de esto. Sólo me han pedido que me muestre amable con ustedes.

—Comprendo —sonrió Karl.

—Pese al color de su piel, que parece como la mía —continuó al oficial, sonriendo—, sé que es usted blanco. Y muy famoso por sus hazañas.

—Voy bien disfrazado. —Karl sonrió también —. ¿Qué han hecho con mi “autosubavión” y mi perro?

—Supongo que deben de tenerlos las autoridades de seguridad.

—¿Ha terminado ya la lucha en toda la nación?

—Sí. Hemos vencido. Pronto, la revolución se extenderá a todos los países de África. Nosotros, los iniciadores, vamos a ser largamente recompensados. Se nos asignarán altos cargos, bien retribuidos, y ascenderemos con rapidez.

—¿No admitirán a blancos en el nuevo gran estado africano? —preguntó gentilmente Laura.

—No, me temo que no. El programa estatal, en su preámbulo, dice claramente que África será para la raza negra. Aquí podrán venir todos los negros del mundo, pero los blancos serán expulsados o sometidos.

—Muy justo —comentó Karl—. Siempre me ha parecido que esto debía ser así. Y creo que África está en condiciones de ser gobernada por hombres de la raza negra. Las dificultades surgirán con los países del norte y del sur.

—¡Los árabes serán expulsados hacia Arabia! —declaró, solemnemente el oficial, con gesto imperioso.

—Eso costará mucha sangre. ¡Y no creo que consigan hacer de toda África un solo estado!

—Lo conseguiremos. Pronto nuestras tropas se extenderán más allá de nuestras fronteras y conquistaremos el continente.

En el tono de voz del oficial kupango había un acento de firme convicción y de altiva superioridad que hizo fruncir el ceño a Karl.

—Guerra… ¡Ésa es la palabra! ¡Guerra total y devastadora! Yo, como súbdito del mundo, al servicio de las Naciones Unidas, haré todo lo que esté en mi mano, incluso arriesgar mi vida, para evitar la guerra. Además, creo que les están engañando a ustedes.

—¿Engañando? ¿Qué quiere decir?

—Voy a explicarme. Los delirios de grandeza del jefe de ustedes no terminarán con la conquista de África. Si consigue eso, cosa que dudo por muchas razones, luego pretenderá adueñarse de Europa, Asia y América. La guerra se extenderá a todas partes, y la destrucción y el aniquilamiento azotarán a la humanidad.

—Si es en beneficio y grandeza de la raza más antigua del planeta, no podremos quejarnos. En realidad, usted y todos saben que la cuna de la humanidad está en África.

—¡Y un cuerno para usted! —respondió Karl—. Mi amigo Ling—Suh podría decir mucho acerca de eso. Pero no vale la pena.

El “jet” estaba sobrevolando en aquel instante una serie de

montañas de inhiestas picos y empezaba a descender. Annette, que observaba el paisaje a través de la ventanilla, se volvió al oficial, preguntándole:

—¿Adonde nos llevan?

—Al Cuartel General... Ya estamos llegando. Verán que es un lugar del que sólo puede salirse en avión. Es un valle rodeado de montañas. Cualquier aparato que quisiera penetrar ahí sería abatido irremisiblemente por nuestras baterías ocultas.

»Este complejo defensivo ha sido levantado en dos años, gracias a los planes militares “A”, “B” y “C” que nos ofrecía el gobierno de la República. En realidad, puedo asegurarles que el general Lasaka había obtenido grandes cantidades de dinero para el ejército a base de vender hierro y cobre a potencias extranjeras, sin que interviniese en ello el ministerio de Hacienda.

—En todo, lo que se dice en todo, veo yo la mano oculta de alguien situado por encima de Lasaka —declaró Karl.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió el oficial, sorprendido.

—Que, tal vez, no sea un miembro de la raza negra el que ha organizado este fabuloso complot. ¿Verdad que se desmoronaría su idealismo si supiera que detrás de Lasaka hay un hombre blanco moviendo los hilos de esta subversión?

—¡Eso es imposible! ¡El Liberador es el general Lasaka! —replicó el oficial.

—Puede que no... ¿Cómo se llama usted?

—Soy el capitán M’bango, de la Guardia Real.

—¿Se ha proclamado rey el general Lasaka? —preguntó Laura König, arrugando los labios.

—No... Aún no.

—Pues recuerde lo que le he dicho, capitán M’bango. ¡Estoy seguro de que detrás de Lasaka hay un hombre blanco!

En aquel instante, el “jet” empezaba a descender hacia un valle, al parecer cubierto de vegetación.

* * *

El general Lasaka, ex Ministro de la República de Kupanga, se encontraba vistosamente uniformado, luciendo galones, hombreras y botonaduras doradas, sudando copiosamente bajo aquel estrafalario atuendo verde, y paseando arriba y abajo en un suntuoso despacho

alfombrado y cubierto de tapices.

Sobre su mesa habían distintos visófonos, intercomunicadores y un tablero de botones de distintos colores, con nombres.

Uno de los visófonos zumbó.

Lasaka se acercó a la mesa y conectó el aparato, respondiendo a la llamada.

—¿Qué hay?

—Los prisioneros acaban de llegar, Excelencia.

—Bien. Que sean conducidos a mi despacho inmediatamente bajo fuerte guardia.

—Sí, Excelencia.

Al apagarse la pantalla, Lasaka pulsó otro conmutador y habló ante una rejilla, diciendo:

—Ya están aquí, señor.

—Bien, Lasaka. No te pongas nervioso. Habla con Karl Helmut, trata de convencerlo y ganar tiempo. Explícale nuestros planes. Como es un hombre inteligente, aceptará. Él y sus ayudantes nos interesan mucho. Su informe en la O.N.U. nos será muy útil.

—¿Y si no acepta?

—Ya te lo dije, Lasaka. ¡Aceptará! Nadie vacila ante un ofrecimiento como el nuestro, sabiendo que si rehúsa le espera la muerte.

—Confío en que tenga usted razón, señor Thun.

Lasaka cerró la comunicación y fue hacia un armario que había al fondo. Lo abrió y se sirvió un vaso de un licor ambarino, que bebió de un trago, para escanciarse otro inmediatamente.

Luego, fue a tomar asiento ante la impresionante mesa, delante de la enorme ventana de cristales opacos, donde fingió estar enfrascado en el estudio de un mapa.

Minutos después, se produjo una llamada en la puerta.

—Adelante —respondió Lasaka, sin levantar la cabeza.

Un oficial mayor entró, saludó y dijo:

—Los prisioneros están aquí, Excelencia.

—Que pasen... ¡Y que entre la guardia también!

—Sí, Excelencia.

Segundos más tarde, Karl Helmut, seguido de Annette Durand, Laura König y Ling—Suh entraban en el despacho, mirando con curiosidad en derredor, seguidos de una veintena de hombres

armados, entre los que estaba el capitán M'bango.

El general Lasaka se levantó, extendiendo la mano hacia Karl.

—Bien venido a mi Cuartel General, señor Helmut. ¿Qué le han parecido mis instalaciones?

—Magníficas, señor. Este lugar es prácticamente invulnerable.

—¡Totalmente invulnerable, señor Helmut! —respondió Lasaka, como si la menor duda fuese una ofensa.

—Yo no diría tanto, señor. Desde un satélite pueden lanzar una bomba de hidrógeno sobre este valle y todo desaparecería en pocos instantes.

—Siento defraudarle, señor Helmut. Pero tenemos una instalación detectora que, de ocurrir lo que usted dice, nos permitiría poner en funcionamiento un campo desviatorio magnético, que llevaría su bomba hacia el centro del Atlántico.

»Y hay más cosas que usted no ha visto y que, con mucho gusto, le mostraré, si se queda usted entre nosotros.

—Gustosamente me quedaría, pero me esperan unos amigos en Londres para celebrar una partida de "bridge" —repuso Karl, sonriendo.

—Le hablo en serio, señor Helmut. Le estoy proponiendo que colabore usted con nosotros.

—No soy negro.

—¡Pues lo parece! Y no veo por qué no puede continuar usted así. Nuestro movimiento revolucionario es esencialmente panafricano. Pero nos interesaría mucho poseer la colaboración de ustedes... ¡De todos ustedes!

—¿Pintando de negro a mis hermosas colaboradoras? —se mofó Karl.

Lasaka movió disgustado la cabeza.

—Me temo que no quiere usted aceptar. Haría una dispensa con ustedes, con tal de que nos ayuden.

—Me temo que el sol de África no sea propicio para nuestra epidermis, ¿verdad, muñecas?

Laura y Annette sonrieron. Ling—Suh no se movió. Parecía la estatua de un buda puesto en pie.

—Me temo que no me deja usted otra alternativa que la de ser duro. Si se niega a colaborar con nuestra causa, les haré matar.

—¡Que miedo, general Lasaka! —exclamó Karl—. No me asuste a

las chicas.

—¡Capitán M'bango, fusile inmediatamente a ese oriental!

—Un momento —intervino Karl Helmut, con un gesto—. ¿Quién da aquí las órdenes? ¿Usted o ese renegado inglés, llamado Adro Thun?

Lasaka masculló una imprecación y rugió:

—¡Desintegradlos a todos inmediatamente!

VII

El capitán M'bango se sobresaltó al recibir la orden.

—Pero, Excelencia... —empezó a decir.

—¡Haga lo que le he ordenado! —rugió Lasaka—. Ahora verán estos insolentes lo que...

El jefe rebelde se interrumpió al sonar el zumbador de un aparato de comunicaciones que estaba sobre su mesa. Lo conectó y una voz llegó hasta él, diciendo:

—¡No seas estúpido, Lasaka! ¡Ése no es modo de comportarse!

—Lo siento... Creo que he cometido una torpeza, señor.

Karl se volvió al capitán M'bango, diciéndole:

—¿No se lo dije, capitán? Hay otro individuo por encima de Lasaka.

—¡Imposible!

—Silencio —pareció aullar el general Lasaka para inclinarse de nuevo sobre el intercomunicador—. ¿Qué hacemos?

—Tráeme a Karl Helmut y encierra a sus compañeros con los otros prisioneros del Gobierno.

—Sí... Inmediatamente, señor.

Al cerrar la comunicación, Lasaka se dirigió a M'bango.

—Capitán, llévese a esas dos mujeres y al oriental a la sala de campanas enrojadas... ¡Deje cuatro hombres para custodiar a Karl Helmut!

—Pero, Excelencia, yo creí que usted era...

—¡Haga lo que le he dicho! —gritó Lasaka, fuera de sí—. No me importa lo que usted creyera. Esos individuos son enemigos de la revolución y deben ser encerrados.

—¿Hay alguien por encima de usted, Excelencia? —insistió M'bango.

—¡No le importa, capitán! ¡Limítese a cumplir las órdenes!

—Sí, Excelencia —terminó por asentir el oficial, señalando a los hombres que debían custodiar a Karl y diciendo a los otros—. Lleváoslos.

Cuando salieron M'bango y sus hombres, llevándose a Laura, Annette y Ling—Suh, Karl esbozó una triste sonrisa y dijo a Lasaka:

—Vamos a ver al señor Thun. Espero que él sea más razonable

que usted.

—¡Esposadlo con las manos a la espalda! —rugió Lasaka.

Uno de los soldados extrajo unas esposas de acero y, mientras sus compañeros encañonaban a Karl, le esposó las muñecas.

—¿Vamos? —preguntó Karl, entonces, seguro de sí mismo.

Lasaka fue hacia el muro y se detuvo ante uno de los tapices. Presionó un invisible botón y el tapiz se alzó, al mismo tiempo que se descorría una puerta en el muro, dejando ver un bien iluminado pasillo.

Los soldados negros manifestaron sorpresa al ver aquello, pero ninguno dijo nada. Fue Karl quien comentó:

—Ahora veremos la cara al verdadero jefe de revolución... ¡Veréis, muchachos, que no se trata de ningún negro!

—¡Silencio! —exigió Lasaka.

A un gesto suyo, Karl fue empujado hacia el pasillo. Avanzó altivo, en cabeza, seguido de sus guardianes, hasta llegar, unos cien metros más allá del despacho de Lasaka, ante un muro de cemento.

De una rejilla que había en el techo surgió una voz diciendo:

—El prisionero entrará solo en el refugio. Tú y tus hombres, Lasaka, quedaréis fuera. Ya os avisaré cuando tengáis que volver. ¿Está bien sujeto ese hombre?

Antes de contestar, Lasaka se cercioró de que las esposas sujetaban bien las manos de Karl.

—Sí, está seguro.

—Marchaos, pues.

La escolta retrocedió. Karl quedó solo en medio del pasillo, hasta que los otros desaparecieron en dirección al despacho. Entonces, el muro que tenía Karl delante empezó a levantarse, sin ruido, y se le franqueó el paso hacia una sala espaciosa, iluminada eléctricamente, donde los muros estaban cubiertos por paneles de control de radio, y en donde habían una veintena de hombres negros uniformados, que manejaban aparatos de radio.

Aquélla era la emisora que dirigía a los soldados controlados a distancia. Infinidad de órdenes en kupango se daban en aquella sala. Varios oficiales, sentados detrás de mesas, con teléfonos y visófonos, estaban recibiendo y enviando instrucciones a distintas partes del país.

Un hombre alto y recio se acercó a donde estaba Karl.

—Venga usted conmigo.

Cruzaron aquella estancia hacia una puerta de acero, que se abrió, dejándoles paso franco. Dentro había un despacho y en el centro una mesa en la que habían reunidas tres personas.

Karl reconoció inmediatamente a una de ellas. Era Beatriz Sabaya, que vestía una blusa blanca y se peinaba con moño. Sonrió al ver a Karl.

Los otros eran hombres y uno era blanco, delgado, de unos cuarenta años, llevaba gafas con montura metálica. Se puso en pie, cerró un aparato de comunicaciones que tenía delante y se inclinó ligeramente.

El otro individuo, blanco también, con cierto aire afrancesado, no se movió, limitándose a estudiar a Karl con interés.

—Soy Adro Thun, señor Helmut. Y a nos conocemos, ¿verdad?

—En efecto —mintió Karl —, así como a la señorita Beatriz Sabaya. Al caballero no tengo el gusto de... Pero supongo que debe de ser el mariscal Grissand, ¿me equivoco?

—Veo que está usted bien informado —dijo el hombre que dijo llamarse Adro Thun, sonriendo—. Ahora, me gustaría saber una cosa. Ha dicho usted que me insensibilizó y escudriñó mi mente. ¿Puedo saber cuándo fue eso?

—Una hora después de haberlo hecho con la señorita Sabaya... Hace dos noches, si no recuerdo mal.

—¿Qué te parece, Marcel? —preguntó Adro Thun a su compañero.

—Me gustaría ver una prueba de eso.

—Como es natural, la entregué en mi agencia Nueva York. Pero en mi vehículo tengo copia. Interrogué a la señorita en primer lugar, luego al comandante Jali, al jefe de protocolo Kilingali y por último a usted, asesor Thun.

—¿Y se enteró de nuestros planes?

—Yo no recuerdo más que este hombre apareció ante mí —dijo Beatriz Sabaya—. Pero luego le olvide. En mi mente, empero, quedó un vago recuerdo de haber sido visitada.

—¡Pues yo no recuerdo nada! —repuso Adro Thun—. Y mucho me temo que todo sea una fábula de Karl Helmut para ganar tiempo.

—¡Deberíamos eliminar a este hombre y a sus acompañantes! —exclamó Marcel Grissand, enojado, sin moverse de su asiento.

Karl pudo darse cuenta que a su derecha, sobre la mesa, al alcance de la mano, el mariscal tenía una pistola desintegrante.

—Seamos sensatos —propuso Thun—. Nuestra situación es un tanto insegura. Hemos realizado la primera parte del plan. Kupanga está en nuestras manos. Pero debemos aumentar rápidamente nuestro poder si queremos que esto se mantenga. En estos momentos, una agresión de las Naciones Unidas no nos conviene. Y este hombre no estaría aquí si no supieran nada en Nueva York.

»Es evidente que se ha filtrado alguna noticia, pese a nuestras precauciones. Y por eso han enviado a Helmut y su grupo. Ahora, nos interesa que él nos ayude amistosamente e informe a la agencia que representa de que aquí no pasa nada.

»¿Verdad que nos hará usted ese pequeño favor, señor Helmut?

—Desde luego que no, caballeros —respondió Karl, siempre sonriente.

—Escuche, señor Helmut —intervino Beatriz Sabaya—. Seguramente se habrá sorprendido al verme aquí, ¿no es cierto?

—Mucho. No lo niego.

—Yo no estaba metida en esto, como se daría cuenta si leyó mis pensamientos. Pero me necesitaban. Y me propusieron ayer dos soluciones, que fueron, morir como Kiri Ubongo o entrar a formar parte en esta junta de Gobierno revolucionario.

—Para usted, la elección no era dudosa. Vivir y aliarse con los que asesinaron a su amante.

—En realidad, Kiri significaba poco para mí —contestó Beatriz—. Y, bien pensado, creo que está mejor muerto que vivo. Así, su repugnante esposa no tendrá celos.

—Le hacemos la misma proposición que a Beatriz, Karl —intervino Adro Thun—. Conozco su valía y le admiro. Es usted hombre de recursos ilimitados. Podrá disponer de gran poder si se une a esta aventura.

—¡Aventura! Ésa es la palabra. Y aunque tengo fama de aventurero, una cosa es la fama y otra la realidad. Por otro lado, me asustan los zoofagitos descubiertos por el hermano de usted, mariscal Grissand.

—¿Sabe también eso?

—Y sé que provocó usted el accidente que costó la vida a su hermano, señor Grissand. Pero no sé de dónde ha obtenido usted el

título de mariscal.

—Me nombró mariscal el Presidente Ubongo

—¡Ya comprendo! Mariscal del ejército kupango un ejército que ha estado preparando la sedición sin que nadie supiera nada, hasta el último instante. Debo admitir que han actuado ustedes secretamente. Incluso Lumanx es un misterio para nosotros. Creí que se trataba de un hospital levantado en la selva.

—Lumanx es un nombre clave —explicó Adro Thun, sonriendo—. Para unos significa nuestra base secreta, o sea este lugar en que nos encontramos ahora, en las montañas. Para otros es la defensa submarina y costera de nuestro litoral. También Lumanx es el nombre de la cárcel donde están encerrados nuestros enemigos.

»No haga usted caso a esos detalles, señor Helmut. Carecen de importancia vital, aunque sirven para desorientar a algunos de nuestros enemigos, que así no saben dónde localizarnos.

—Ni siquiera sabrían localizarles sus propios amigos —añadió Karl, sonriendo—. Han sabido crear un bonito ejército de hombres que obedecen las instrucciones por radio desde el puesto de mando. Eso está muy bien. Es una idea genial y pronto será imitada por los ejércitos de todo el mundo. Así se dirige a todos a la vez. Costoso equipo, sin duda, pero efectivo.

—Dejémonos de vacuidades —exclamó el mariscal Grissand, con malos modos—. No tenemos por qué ser tolerantes con usted, Karl Helmut. Medio millón de hombres armados nos permiten asegurar la conquista de Kupanga. Dentro de unos meses tendremos diez millones más, cuando nuestras fábricas hayan realizado el esfuerzo que les exigimos. Entonces habremos conquistado África.

—Si las otras naciones se lo consienten… No, amigos. Han cometido ustedes varios errores básicos. En primer lugar, su doctrina es falsa. Han engañado ustedes a sus propios hombres. He podido cerciorarme de que aún no saben exactamente lo que quieren, ni lo que dicen.

—¿Qué quiere usted decir?

—He hablado con distintos hombres del nuevo ejército. Unos opinan que los blancos serán esclavos de los negros; otros, que los blancos serán expulsados de África, y otros que se exterminará a todos los blancos. Mala política ésta, que supongo debida a los distintos medios informativos que poseen ustedes. Pero el error

fundamental estriba en hacer creer a todos que el Liberador es el general Lasaka.

»Deben saber que la psicología de los pueblos es complicada. En casos como el presente, la masa quiere un líder, y a él siguen, si les da victorias y poder. Pero le huyen si fracasa. Y ustedes se escudan detrás de Lasaka para mandar...

—¡Basta! —rugió Grissand, poniéndose en pie y golpeando la mesa con la palma de la mano—. No queremos consejos, ni tenemos tiempo que perder. ¿Acepta nuestra oferta, sí o no?

—Sea un poco más flexible, Grissand —suplicó Beatriz Sabaya—. No creo que al señor Helmut se le pueda intimidar con amenazas.

—Gracias, señorita Sabaya. Es usted muy gentil.

—Antes de que responda, querría enseñarle algo, señor Helmut —intervino Adro Thun—. Venga y vea esto.

Se dirigió a un lado de la sala, donde habían seis pantallas de televisión en color.

—Vea las campanas enrejadas —continuó Thun, oprimiendo un pulsador e iluminando una de las pantallas.

Karl pudo ver una panorámica de una sala de techo bajo, en donde podían verse como un centenar de jaulas enrejadas, en forma de campana. En aquel instante, en tres de ellas estaban encerrando a sus tres amigos, Laura, Annette y Ling—Suh, que eran sujetados por soldados uniformados de verde, mientras las jaulas descendían sobre ellos.

En cada campana se introducía a una persona. Y numerosas jaulas estaban ocupadas por individuos de raza negra, amén de algunos blancos, en cuyas miradas se adivinaba el odio y el terror.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Karl, atónito.

—Una extraña sala de ejecuciones. Cuando lo consideremos oportuno, inyectaremos en el aire los gérmenes que nos facilitó el mariscal Grissand, que se reproducen con increíble velocidad. Esos zoofagitos atacarán a los prisioneros y, en unos minutos, sólo quedarán sus esqueletos dentro de las jaulas.

—Conozco esa horrible muerte —manifestó Karl, visiblemente turbado.

—¡Pues en su voluntad está que sus lindas ayudantes perezcan de modo tan horrible! —exclamó Adro Thun.

—¿Y si me niego a secundar sus planes?

—¡Verá desaparecer a todos esos cautivos! —gritó Grissand—. Con el inconveniente de que usted también será arrojado en la sala de las jaulas acampanadas.

—Bien, ¿qué hago? —Karl miró a Beatriz Sabaya.

—Haga lo que hice yo. Me necesitaban, como nosotros le necesitamos a usted. Acepte.

—¡Pues no acepto! —respondió Karl, sonriendo—. Moriré, estoy dispuesto... Pero ustedes no me sobrevivirán mucho tiempo. Voy a decirles algo. Yo envió cada día, a determinada hora, un mensaje a mi agencia. Y al no recibir dicho mensaje, mis compañeros de Nueva York deducirán que me ha ocurrido algo.

»Precisamente, a este respecto ya tenían instrucciones concretas. Por eso puedo anunciarles que una poderosa flota aérea se encuentra ya en camino de Kupanga, cargados de bombas paralizantes. Después caerán sobre esta base millares de paracaidistas y lo ocuparán todo en nombre de las Naciones Unidas.

»De modo que pueden hacer ustedes lo que quieran conmigo. Cuando vine a esta misión, ya sabía a lo que me exponía, y mi muerte significa poca cosa. Pero ¡jamás traicionaré la causa de la humanidad, ante un grupo de locos ambiciosos como ustedes!

Marcel Grissand emitió un rugido y agarró el arma desintegrante que tenía sobre la mesa. Su primera intención era destruir al hombre que osaba desafiarles. Beatriz Sabaya, sin embargo, le atajó, gritando:

—¡No dispare!

Karl actuó en aquel mismo instante con una celeridad pasmosa. Pasó los brazos sobre la cabeza de Adro Thun, escudándose en él y atenazándole de la garganta.

—¡Dispara, fratricida, y este hombre vendrá conmigo a la eternidad!

—¡No! —chilló el inglés, asustado—. No dispares, Marcel.

Grissand pretendía arrebatar el arma a Beatriz, la cual forcejeaba con él. Ella era más joven, más fuerte, pese a ser mujer, y logró zancadillear al otro, que cayó al suelo. Beatriz cayó sobre él.

Pero, cuando Karl se acercaba, empujando a Adro Thun, se oyó un chasquido chisporroteante, seguido de un infrahumano alarido.

Beatriz Sabaya se puso en pie, empuñando el arma desintegrante. ¡En el suelo, a sus pies, el cuerpo del mariscal Grissand quedó con la

cabeza convertida en una masa negra y gelatinosa, a consecuencias del fulminante disparo!

Karl se detuvo.

Ahora, la mujer le estaba apuntando a él y a Thun.

—Apártese de él, señor Helmut —musitó Beatriz, con voz sin inflexiones —. He tenido que hacerlo en defensa propia. Ese hombre estaba loco.

—¿Qué te propones, Beatriz? —preguntó Thun.,

—No quiero morir en esta ratonera. Las tropas de la O. N. U. tirarán bombas atómicas... ¡Y tengo que huir! En Porto Amboim tengo un turbojet. Escapar… ¡Usted vendrá conmigo, Karl Helmut!

Karl aflojó la presión que ejercía sobre el cuello del casi asfixiado Thun, pero no le soltó del todo.

—¿Vuelve a traicionar a sus amigos, como traicionó a su amante y a sus compañeros del gobierno?

—Yo no traiciono a nadie. Lucho por mi vida, y me pongo al lado del que más garantías me ofrece. Es mi vida la que cuenta aquí.

Karl era un hombre capaz de poner su vida al riesgo máximo, de lo contrario, su existencia habría carecido de aliciente. Por ese motivo, sin saber cuáles eran las intenciones de la hermosa mulata, soltó a Adro Thun y se apartó unos pasos de él.

—¡Mátale, Beatriz! —exclamó el ex consejero del presidente de Kupanga.

Pero Beatriz Sabaya estaba transformada, como enloquecida. Temía morir y no vaciló en matar. Al oprimir el disparador del arma desintegrante, ¡estaba apuntando a Thun!

¡Y el chorro de luz dio a Thun en el pecho, haciéndole un enorme agujero negro, al ser carbonizado su cuerpo en una redonda circunferencia!

Un grito apagado se escapó de los labios del conspirador, para luego caer muerto al suelo.

Entonces, Karl se acercó a Beatriz, extendiendo sus esposadas manos.

—Déme esa arma... No sabe usted usarla bien.

Beatriz estaba desfigurada. Una expresión demoníaca deformaba su rostro. Pareció, por unos segundos, que iba a disparar también sobre Karl, fulminándole a bocajarro. Pero no fue así. Echó el arma sobre la mesa y se lanzó a las piernas de Karl, abrazándose a ellas

con frenesí histérico, mientras sollozaba:

—No sé lo que hago... ¡Estoy maldita! ¡El terror me domina! ¿Qué he hecho, Dios mío?

Karl se inclinó, apoyándose en la mesa, y recogió el arma. Sólo tuvo que hacer una flexión de sus brazos para apoyar el cañón en la unión de las dos esposas y presionar levemente el gatillo. La fugaz descarga desintegrante rompió el acero y sus manos quedaron libres.

Entonces, empuñando el arma con una mano. Karl levantó a Beatriz con la otra y le acarició el rostro.

—No sé si has hecho bien o mal, pequeña. Pero tu conducta es muy femenina. Primero vivir, y matar, si es preciso, para conservar la vida. Aunque, después de todo, estos dos individuos eran unos desalmados.

»Ven, hemos de salir de aquí.

* * *

Aquélla era una fortaleza subterránea. En la antesala, Karl hubo de entornar los ojos, al disparar fríamente contra todos los operadores de radio que allí controlaban el ejército en todo el país.

Sabía lo que iba a ocurrir. Al no recibir instrucciones, todo el ejército rebelde se fragmentaría, formándose partidas que, seguramente, se acometerían entre sí, imbuidas de ese espíritu africano que hace de la guerra un caos y un bandolerismo. Pero supuso que tiempo habría de desarmar a la tropa.

Ahora, lo importante era dominar a Lasaka y a los hombres que tenía en derredor, que no eran pocos. Salir de la fortaleza de la Sierra de Dundo tampoco habría de ser fácil, y más sabiendo, como supo por Beatriz Sabaya, que el “Ígneo” y el equipo que le habían arrebatado se encontraba en el muelle militar de Porto Amboim.

Rápidamente, Karl se había trazado un plan audaz.

Junto con Beatriz, salió a la antesala y aniquiló a los oficiales y soldados que operaban en las radios, y luego destruyó éstas con un prolongado y forzado disparo en semicírculo.

—Vamos a buscar a Lasaka.

Un mecanismo accionado por Beatriz abrió la puerta y salieron al pasillo. Al fondo, detrás del tapiz, con el muro aún abierto, estaba el despacho de Lasaka, pero éste no estaba allí. El despacho se hallaba vacío.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó Karl, sorprendido.

—No lo sé —contestó Beatriz —. Tal vez ha escuchado algo y ha escapado a la carrera.

—No creo que Lasaka sea de los que huyen. Temo algo peor. Quizá está reuniendo las tropas para lanzarlas sobre nosotros… Espera aquí, hermosa. Voy a acercarme a la puerta.

En dos zancadas, llevando la pistola desintegrante en la mano, Karl se acercó a la puerta del despacho. Escuchó y sonrió. Luego, abrió bruscamente, echándose al mismo tiempo hacia un lado.

Una lengua de fuego penetró por la abierta puerta. De haber alcanzado al que la abrió, posiblemente habría perecido abrasado. Pero Karl escuchó una voz y dedujo quo una trampa le esperaba fuera. Su sexto sentido para el peligro no le engañó.

No se había disipado aún la humareda del fuego, producida por un lanzallamas de alcohol etílico, cuando Karl ya asomaba, disparando ferozmente hacia el pasillo.

Un coro de gritos contestó a su disparo.

Salió a tiempo de ver caer a varios hombres y huir corriendo a otros. Disparó de nuevo, a las piernas de los que escapaban, y vio, con satisfacción cómo sus adversarios se desplomaban.

También comprobó, con disgusto, que el cargador desintegrante del arma se había agotado.

—¡Otra arma! —rugió, volviéndose a Beatriz, que se le acercaba.

—¡El depósito de fuego! —chilló la muchacha, señalando el lanzallamas que empuñaba un soldado caído, y cuyo costado había desaparecido a consecuencia de la descarga desintegrante.

Karl vio lo que indicaba la hermosa mulata. ¡Un débil chorro de fuego salía del depósito, que se iba poniendo al rojo vivo, amenazando con estallar de un momento a otro!

Sin vacilar, Karl agarró a Beatriz de la mano y corrió velozmente por el pasillo, hacia el primer recodo. Conocía aquel camino porque poco antes él había sido conducido por allí, para ser llevado al despacho de Lasaka.

Y apenas habían llegado al ángulo cuando se produjo la explosión, y una lengua de fuego superior a la anterior surcó el espacio, persiguiéndoles…

VIII

Ya se dijo que “Lupo”, el perro lobo de Karl Helmut, era un animal inteligente. Además, era sagaz, poseía un instinto admirable y una fortaleza inusitada.

Había sido descubierto en su perrera, dentro del “Ígneo”, y los marineros kupangos lo amarraron con una cadena a uno de los más sólidos pasamanos que había en la cubierta del cazasubmarinos.

El animal estaba insensibilizado y por esto fue fácil de manejar, mientras que su amo y amigos eran conducidos a la prisión submarina.

Pero llegó un momento en que “Lupo” se recobró, y empezó a ladrar de modo lastimero. Luego, como un marinero le amenazase con un palo, optó por callar y quedarse quieto, tendido sobre sus patas, moviendo el rabo y sin abrir las fauces.

De este modo, en menos de veinticuatro horas logró convencer a sus captores de que era un animal dócil. Y, quizás, a propio intento, ensució varias veces la cubierta.

Un negro obeso, ayudante en la cocina del cazasubmarinos de la Armada kupanga, se compadeció del animal y le llevó alimentos. Luego, para limpiarlo, cometió la imprudencia de desatarle la cadena.

Jamás volvería a cometer semejante error con un perro. De pronto, al verse libre, “Lupo” se transformó en una fiera. Acometió a su liberador, dándole una dentellada. Luego se lanzó al mar como una saeta, antes de que los marineros pudieran reaccionar.

Nadando con fantástica celeridad, “Lupo” llegó a tierra, salió y se sacudió el agua, para partir a una veloz carrera. El animal sabía dónde tenía que dirigirse. Su instinto era maravilloso y no se perdió. En un par de horas llegó ante la playa, frente al mar. Era de noche y estuvo varias horas moviéndose arriba y abajo, lleno de inquietud.

Cuando amaneció, “Lupo” se quedó inmóvil, mirando al cielo, donde había aparecido un aparato volador que fue a posarse sobre una plataforma situada a una milla de la playa.

“Lupo” no se movió. Parecía estar esperando algo.

De este modo, el sol fue ascendiendo en el cielo. Y un par de horas después, como venteando la presencia de su amo, el animal

empezó a moverse arriba y abijo, por la playa, ladrando de modo plañidero, para luego detenerse, y ver cómo ascendía el mismo aparato que viese antes, remontándose de la plataforma marina.

A los pocos instantes, el “jet” se perdía en el aíre en dirección al interior del país. Y “Lupo”, sabiendo, gracias a un maravilloso instinto, que su amo iba en aquel aparato, se lanzó en veloz carrera hacia el interior.

Estuvo corriendo durante más de tres horas, cruzando pantanos, selvas, maniguas y arroyos. No vaciló un solo instante. Le guiaba algo que no podía ser considerado como olfato. Era su instinto animal, precioso don, de misteriosa procedencia, el que le guiaba.

Pero poco después del mediodía, “Lupo”, infatigable, aunque con la lengua fuera, se encontraba trepando una montaña, sorteando arbustos y rocas, para luego saltar alegremente hacia un valle densamente cubierto de vegetación.

“Lupo” sabía que allí estaba su amo, pero ignoraba los peligros que le acechaban antes de que pudiera llegar a él.

* * *

Por su parte, las dos ayudantes de Karl, junto con el chino, fueron conducidas a la sala de los condenados a muerte. Les sujetaron entre tantos hombres y con tanta fuerza que no fue posible eludir el encierro que se abatió sobre ellos, en forma de campana enrejada.

Fue el capitán M’bango quien, desde la entrada, accionó el control que hacía descender las campanas sobre los cautivos. Cuando los tres estuvieron encerrados en aquel reducido espacio, se acercó a ellos.

Venía cejijunto y preocupado.

Se dirigió a Laura y le dijo:

—Lamento verla en esta situación, señorita König. No esperaba que ocurriera esto, ¡créame! Ustedes pensarán que soy un negrazo salvaje y maleducado, como los blancos suponen que somos todos los de raza negra, pero puedo asegurarles que he sido educado en los Estados Unidos y fui cadete en West Point.

—¡Nadie lo diría! —le replicó Laura, con despecho—. Un hombre de West Point no encerraría así a indefensas mujeres.

—Supuse, por las instrucciones que me dieron, que iban ustedes a ser tratadas de distinta manera.

—¡Igual que todos ésos! —intervino Laura.

—Son traidores, enemigos de la revolución, ex miembros del gobierno de la república —declaró M'bango, doliente—. Pero yo pensé que ustedes serían amigos…

—¡Tampoco creía usted que el general Lasaka estuviese mandado por otros canallas que se esconden!

—No me diga usted eso, señorita König. Admito que estoy decepcionado, pero debo cumplir las órdenes.

—¡No sirva usted a esa partida de rufianes y asesinos! ¿Cree que va a conseguir algo? —gritó Annette.

—Soy un militar y debo obediencia a mis superiores.

—¡La obediencia no debe ser tan ciega que le impida ver el engaño! ¡Es el consejero Adro Thun quien manda sobre el general Lasaka!

—No lo creo… Y me niego a seguir escuchándoles. Adiós… Lo siento.

M'bango se dirigió a la salida, junto a la cual esperaban sus hombres.

Un hombre blanco, encerrado en una campana, le gritó, pronunciando mal el kupango:

—Sáqueme de aquí… Soy embajador del gobierno norteamericano y, exijo que…

—¡Cállese, señor Harris! ¡No me ponga más nervioso! ¡Yo no le he encerrado ahí! ¡Dígaselo al general Lasaka; él tiene medios para oírle!

M'bango salió y la puerta metálica se cerró silenciosamente.

Entonces, un negro viejo, de cabellos blancos, que estaba cerca de los recién enjaulados, dijo:

—¿Quiénes son ustedes?

—Mi no entendel esa lengua —replicó Ling—Suh —. Pelo las señolitas saben hablal como usted y les dilán lo que quiela.

—Somos ayudantes de Karl Helmut, miembros ce la Sección "Cero", o dicho de otro modo, informadores del Secretario General de la O. N. U.

—¿Estaban ustedes en Kupanga cuando se produjo la revolución?

—No, hemos venido después.

—¿Acaso en la O. N. U. saben lo que…?

—Sí, claro. Allí están informados de todo.

—Se tomaron todas las estaciones de radio y se lanzaron interferencias para que ninguna embajada pudiera informar.

—Nosotros trabajamos con medios muy diferentes —explicó Annette al hombre de los cabellos blancos—. Nos comunicamos por medio de pequeños discos volantes, capaces de dar varias veces la vuelta al mundo y llegar exactamente al lugar a que son enviados. No hay nada capaz de detenerlos.

—¡Asombroso! Soy Henry Grant, jefe del Centro Emisor de Porto Amboim, adicto a la República. Y por eso he sido detenido. Uno de esos renegados ha ocupado mi puesto. Sé que nadie puede entrar ni salir del país, por eso me ha sorprendido verles aquí. ¿Y el jefe de su grupo, el famoso Karl Helmut?

—Está siendo inducido a colaborar con los rebeldes —replicó Annette.

—¡Igual que hicieron con Beatriz Sabaya! Espero que no le ocurra igual que a esa traidora.

—¿Qué ocurrió con ella? —preguntó Laura, interesada.

—Se doblegó. Es lista esa mujer, y muy ambiciosa. Sabe estar siempre junto a los vencedores. Pero si logramos salir de aquí alguna vez, no se burlará de nadie más.

En aquel mismo instante, uno de los prisioneros que estaban en la parte opuesta de la sala, emitió un grito desgarrador. La distancia era mucha para que Laura, Annette o Ling—Suh pudieran ver lo que sucedía, además de interponerse otras jaulas. Pero el grito que alguien lanzó fue escuchado perfectamente:

—¡Aaaaagh! ¡Me muero! ¡Se me deshacen piernas!

Luego, otro grito invadió la sala de los condenados. ¡Y otro!

* * *

Karl Helmut encontró bloqueada la salida. Pudo oír la voz del general Lasaka que rugía:

—¡Fuego contra ellos! ¡Entrad todos y aniquiladle!

En el mismo instante de escuchar aquella voz, observó una chimenea de respiración en el techo, y vio los peldaños metálicos que ascendían hacia los túneles superiores.

De un salto impresionante, se colgó del primer peldaño, a cuatro metros del suelo y quedó allí colgado.

—¡Agárrate a mis piernas, Beatriz! —gritó —. Subiré por aquí y

te subiré a ti también.

Ella apenas creyó que aquello fuera posible. Pero los pasos de las tropas que avanzaban por el pasillo, haciendo gran ruido para amedrentarles, disparando armas convencionales y desintegrantes, la decidieron. Se sujetó a los tobillos del atleta, y se sintió izada hacia la chimenea salvadora.

Poco después, Karl le decía:

—¡Agárrate ahora a los peldaños y sígueme!

Ella así lo hizo, situándose junto a él, que estaba empujando una trampa metálica, para cerrar el paso.

—Ahora subiremos por aquí hasta donde nos lleve este tubo.

—Esto debe de conducir a las instalaciones subterráneas, donde están las baterías antiaéreas de proyectiles —dijo Beatriz—. Estuve viendo anoche los planos de esas instalaciones. Son un dédalo de galerías de cemento, con vías para transportar proyectiles y cohetes, que salen sobre el valle.

—¿Sabes dónde está situada la sala de las campanas en forma de jaula?

—Eso está muy abajo, al otro lado. Es uno de los extremos del laboratorio de Grissand.

—¿Tenía ese individuo un laboratorio?

—Sí. Allí se apilan los envases de las armas bacteriológicas.

—¿Y quién cuida de eso? —preguntó Karl.

—Especialistas y microbiólogos contratados por Grissand. Debe de ser horrible estar allí. Un sólo germen que se escape puede crear millones de zoofagitos, que devoran todo lo que encuentran.

—¿Hay algún modo de combatir ese germen?

—Sí. Las descargas y explosiones paralizantes los insensibilizan durante unas horas. La acción terapéutica ha de efectuarse sobre el contaminado antes de transcurrido el tiempo de la insensibilización y a base de una tratamiento de gas cianhídrico que destruye los zoofagitos sin perjudicar al paciente.

—Pero eso será en caso de que el ataque bacteriológico sea externo. Si está contenido en una píldora, como le dieron a Kiri Ubongo, ¿hay salvación?

—Ninguna... ¡Y no me recuerde que fui yo quien le dio el corrosivo a Kiri!

—Habrás de responder de ello, Beatriz.

—¡Yo ignoraba que la píldora contuviese los zoofagitos! ¡Me lo explicó Grissand ayer y me estremecí! Por eso accedí a colaborar con ellos. Si me hubiera negado me hubiesen matado… ¡Y esa muerte me aterroriza!

—¿Para qué te querían?

—Soy eficiente. Pero Adro Thun estaba encaprichado por mí. Dice que soy digna de ser amante de él, y poseer todas las riquezas del mundo. De eso a morir…

—Eres una mujer ambiciosa, ¿eh?

—Yo quiero vivir… Por eso les he matado.

—Quizá eso te salve… ¡Silencio, ahí termina el tubo! ¡Vamos a salir!

El camino estaba interceptado por una reja, pero Karl la levantó con facilidad y salieron a un amplio pasillo de cemento. Cerca había un emplazamiento de proyectiles teledirigidos y de una puerta próxima salía rumor de voces que hablaban en kupango.

Karl se acercó a la puerta y atisbo brevemente. Vio a seis soldados, todos con cascos auriculares. Estaban discutiendo precisamente acerca de aquellos cascos, pues uno decía, a gritos:

—¡Os aseguro que esto no funciona ya!

—No digas tonterías, Kiba. ¡Estás loco! El Liberador no dejaría que se estropeasen las radios. ¿Cómo iba a darnos órdenes? No se oye porque no tiene ninguna orden que darnos.

—¿Qué no? Mi aparato estaba mal construido y escuchaba órdenes dirigidas a otros grupos. He oído un chasquido y todo ha quedado en silencio.

Karl sonrió. Hizo un signo hacia Beatriz, indicándole silencio, y luego se lanzó impetuosamente dentro de la estancia de la dotación de cohetes. Les atacó con una celeridad pasmosa, sin darles tiempo a recuperarse de su sorpresa, dando golpes de karate a diestro y siniestro, hundiendo las puntas de los dedos en centros vitales, golpeando en cuellos, nucas, axilas y bíceps, hasta que los seis hombres, sin haber podido empuñar o desenvainar sus armas, yacieron por el suelo, insensibles.

Entonces, Karl, los desarmó y se apoderó de un fusil paralizante y de una pistola de la misma clase. El resto de las armas eran convencionales, las destruyó, inutilizándolas.

Luego salió y entregó la pistola a Beatriz.

—Toma. Creo que puedo confiar en ti, preciosa.

—¡Puedes hacerlo, Karl! Desde que te he visto, algo importante ha cambiado el curso de mi vida.

—Pues no te hagas muchas ilusiones conmigo, porque Annette y Laura son muy celosas.

Beatriz sonrió sin ganas.

—¿Eres un hombre “duro”?

—No, ¡quita de ahí! Soy un hombre blando, y me dejo dominar por ellas. Es el único modo de tenerlas a mi lado. Pero cualquier día se acometerán entre sí, disputándome. Entonces perderé a una de las dos.

—¿He llegado tarde a tu vida?

—No. Para estar conmigo sólo has de conquistarte primero a mis ayudantes... Luego, debes poseer algo más que belleza.

—He sido una eficaz secretaria del presidente de Kupanga durante dos años. Yo era la que llevaba el peso de la labor presidencial.

—¡Ya hablaremos luego de eso, nena! Ahora, vamos a buscar a mis ayudantes. Guíame hacia la sala de los condenados.

—Sí, ven por aquí. Debemos dirigimos al exterior y cruzar el valle.

Sortearon la rampa de lanzamiento de proyectiles y, al presionar una palanca, se alzó una compuerta metálica cuyo exterior imitaba el color y la forma irregular de las rocas del contorno, de modo que se confundiera con el aspecto montañoso del valle.

Nada más asomar la cabeza, vieron soldados vertidos de verde corriendo por un camino, mientras un oficial les gritaba:

—¡Aprisa! ¡Hay que cortarles la salida! ¡Alto, allí están! ¡Miradles!

Karl empezó a disparar con el fusil inmediatamente, mientras decía:

—¡Corre, Beatriz! ¡Hacia la espesura de la selva!

* * *

La lucha y la persecución habían de durar varias horas a través de la maleza que invadía el centro valle, en donde abundaban las trampas fabricadas por el ejército kupango.

De donde menos lo esperaban surgía una plataforma del suelo,

bajo la que se ocultaba un nido de ametralladoras convencionales, cuyas balas rasgaban el follaje, en pos del aventurero que osaba desafiar las tropas que ocupaban aquel cuartel general.

Por Beatriz, Karl sabía que en el valle habían más de mil quinientos hombres. El resto se había esparcido por el país, al frente de sus oficiales, ocupando los pueblos y ciudades, y empezando el reclutamiento de nuevos soldados que serían rápidamente adiestrados.

Karl era de los que no se asustaba ante el número de sus enemigos. Él lucharía mientras tuviese oportunidad de hacerlo, corriendo siempre de un lugar a otro, desconcertando a sus perseguidores y abatiendo a los que le amenazaban más de cerca.

Incluso llegó a dejar a Beatriz oculta en un agujero, para encaramarse a los árboles, subiéndose por densas y resistentes lianas, y saltar de rama en rama, hasta dejarse caer sobre un grupo de sirvientes de una ametralladora paralizante.

Los infortunados no pudieron efectuar ni una sola descarga. Atacados por sorpresa, fueron puestos fuera de combate en un abrir y cerrar de ojos.

Luego, Karl regresó a donde esperaba Beatriz.

—Parece que hasta ahora hemos tenido suerte.

—¡Eres fantástico, Karl! —exclamó ella, embelesada, echándole los brazos al cuello.

—¿De verdad me recuerdas de la otra noche, cuando te visité? —preguntó él, después de besarla.

—No. Era mentira —repuso ella, entornando los ojos—. No podía recordarte porque no te había visto nunca.

—¡Me viste sólo un instante!

—Si es así, lo olvidé. Pero en cuanto fuiste capturado y encerrado en el fondo del mar, pude verte por las cámaras de televisión. Ibas disfrazado y pintado de negro pero, aun así, te encontré maravilloso.

—Bueno, dejémonos ahora de arrumacos. Hay que darse prisa si queremos rescatar a mis chicas.

A desgana, Beatriz hubo de acompañarle.

Poco después llegaban a un edificio de cemento, medio cubierto por la vegetación, adosado a una de las vertientes de la montaña.

—Ésa es la entrada al laboratorio —explicó Beatriz—. Allí están los accesos a la sala de condenados… ¡Eh, mira! ¿Qué es eso?

En aquel instante, un ladrido les había hecho volverse.

Un perro salió de entre la maleza, saltando hacia donde estaba Karl.

—¡“Lupo”, amigo mío! —exclamó Karl—. Ya sabía que vendrías a esta lucha. ¿Cómo ibas tú a perderte lo mejor de todo?

El animal saltó hacia Karl, empezando a lamerle el rostro. Jadeaba a causa de la prolongada carrera., pero sus inteligentes ojos estaban contentos. ¡Había vuelto a reunirse con su amo!

En aquel instante, otro grupo de soldados surgió de un camino. Karl los presintió antes de verlos. Levantó el fusil paralizante y empezó a disparar.

Esta vez, sin embargo, el oficial que iba con aquel grupo se tendió en el suelo y logró extraer su pistola. Con pasmosa celeridad, lanzó una descarga desintegrante hacia Karl, que se movía como un rayo.

Pese a la fantástica rapidez de Karl, no fue posible evitar que el oficial efectuase una descarga. ¡Y Beatriz fue alcanzada en el vientre por el rayo mortal!

La muchacha emitió un grito y cayó, para quedar inerte en el suelo. Beatriz, sin embargo, en el último instante de su vida, pudo oprimir el disparador de su pistola y el oficial quedó rígido, envuelto en las ondas insensibilizadoras, así como otro de sus hombres.

Cuando Karl pudo arrodillarse, después de eliminar a sus adversarios, Beatriz ya estaba muerta. Su vida se había extinguido, no sin antes cumplir el designio de haber amado fugazmente, e indicar el camino a Karl para que pudiera acudir en ayuda de sus compañeros.

La dejó allí y corrió hacia la entrada en declive que conducía a la sala de los condenados.

Se asombró al ver todas las puertas abiertas. Pero su asombro se convirtió en terror al escuchar unos gritos espantosos, procedentes del fondo, entre los que creyó escuchar las voces de Laura y Annette... ¡Y vio algunas campanas en donde sus ocupantes eran ya como esqueletos que hubiesen pretendido aferrarse a los barrotes de las jaulas!

“Lupo” saltó entonces sobre Karl, pretendiendo impedirle el paso. El animal intuyó que en aquella sala estaba la muerte presente, y quería salvar a su amo.

—¡Karl, socorro! ¡Sácanos de aquí! —oyó gritar a Laura.

Vio a la revoltosa pelirroja engarfiada a los barrotes. ¡En la jaula contigua, Henry Grant estaba muriendo a consecuencia del ataque de los zoofagitos! ¡El embajador americano había muerto ya!

¡La muerte ocupaba casi todas las jaulas!

IX

—¡Socorro, Karl! —aulló Annette, agitándose dentro de la campana enrejada—. ¡Mis piernas!

Karl recordó lo que le había dicho Beatriz. Era preciso insensibilizar a sus amigas. Luego, antes de que se disipara la parálisis, en donde los zoofagitos también quedarían aletargados, era necesario tratar a los afectados con gas cianhídrico.

Por este motivo no vaciló, descargó totalmente el fusil hacia las jaulas donde estaban sus dos compañeras y Ling—Suh. Luego, mientras "Lupo" continuaba ladrando y dando saltos a la entrada, cuya puerta deslizante había encontrado abierta, sin que pudiera sospechar siquiera la razón, buscó el modo de abrir las jaulas.

El tablero de control electrónico, junto a la salida, le dio la idea.

Accionó varios conmutadores, viendo, con alegría que algunas jaulas se levantaban hacia el techo. Así pulsó todos los conmutadores hasta levantar las jaulas que aprisionaban a sus enemigos. Luego, corrió hacia ellos, levantó a Laura, que estaba más cerca y la llevó hacia el exterior.

Al depositarla en el suelo, presintió la llegada de alguien que venía corriendo. Miró en derredor, en busca de un arma, sin hallarla. Entonces se ocultó, sujetando a "Lupo" del collar, y tapándole la boca para que no ladrase.

Ya se disponía a saltar cuando vio llegar al capitán M'bango, que parecía excitado. De un salto se plantó ante él, surgiendo de su escondrijo entre las malezas, le atenazó.

—¡Suéltame! —gritó el oficial—. Iba a salvar a sus...

—¡Usted es de ellos! ¡Déme la pistola!

—¡Lasaka ha huido! ¡Hemos encontrado los cadáveres de Adro Thun y del mariscal Grissand! ¡Tenía usted razón, pero la sala de ejecuciones está invadida de gérmenes!

—¿Y va a entrar usted en ella? —preguntó Karl, asombrado.

—Sí, no tengo más remedio... ¡Ya las llevé allí! Pero ¿qué hacemos aquí parados? —gritó el oficial.

—Vamos, pues. De todas formas, ya he sacado a Laura. Me faltan Annette y Ling—Suh. ¿Quién ha abierto la puerta?

—Yo, por control remoto, desde la sala en donde estaban

Grissand y Thun.

—¿Les conocía usted?

—Yo estuve de oficial en la guardia del palacio presidencial... ¡Le juro que no sabía que ellos estuvieran detrás de Lasaka!

Habían entrado de nuevo en la sala, donde la muerte parecía ahora estar en suspenso. Karl levantó al insensible Ling—Suh y M'bango levantó a Annette.

—¿Quién las ha insensibilizado? —preguntó el oficial, con angustia en la voz.

—Yo. Era el único modo de salvarlas. Los microorganismos se habían apoderado ya de sus piernas.

—Pero ¡cuando pase la insensibilización continuará la corrosión!

—No, sin antes las hemos sometido a un tratamiento de gas cianhídrico. Debe de haber en el laboratorio.

—¡No, no lo hay! —respondió M'bango.

—¿Cómo lo sabe?

—Ayer, un ayudante del laboratorio fue atacado por los gérmenes. Hicieron con él lo mismo que ha bicho usted. Luego se lo llevaron al hospital de Porto Amboim.

—¿Dónde está el "jet" que nos trajo aquí? —inquirió Karl.

—Es el que ha utilizado Lasaka para huir.

—¿No hay otro?

—No.

—¡Cielo santo! ¿Y cómo las llevaremos a la capital? ¡No podemos perder ni un minuto! ¡En cuanto los zoofagitos se recobren de la parálisis, continuarán su obra destructiva!

—Las galerías de Lumanx... ¡Hay vagonetas que llevan hasta el mar! ¡Venga, no perdamos tiempo!

—Yo llevaré a las dos muchachas, que pesan menos. Lleve usted a Ling—Suh.

Karl se cargó a sus dos ayudantes, una en cada hombro, con increíble facilidad, mientras M'bango apenas si podía levantar al chino. De un modo u otro lo consiguió.

—Vaya usted delante, por si aparecen los hombres —dijo Karl—. Y muéstreme el camino.

—No será necesario que vayamos hasta el mar. Creo que una de las galerías defensivas del litoral pasa por la ciudad. Los encargados de su custodia nos lo dirán... ¡Qué atribulado estoy!... Es por aquí.

Diez minutos más tarde, llegaban a una especie de cobertizo que se adentraba en la tierra, en la falda de la colina. Allí vieron gran cantidad de cajas de madera, que contenían armas y municiones. De un puesto de vigilancia salieron varios soldados que miraron con recelo a Karl y a su preciosa carga.

—Hay que llevar estas personas al hospital de la ciudad. No hay más remedio que utilizar las vagonetas… ¡Están atacadas por la muerte corrosiva!

Los soldados retrocedieron instintivamente.

—¡Ayudadnos! —gritó M'bongo.

No le hicieron caso. De pronto, todos echaron a correr, huyendo de ellos, temerosos de la contaminación. Ya conocían los efectos de aquella horrorosa muerte.

Karl no se detuvo. Corría por la pendiente hasta donde potentes luces iluminaban una especie de andén en donde se veían una fila de plataformas con ruedas, preparadas para ser cargadas con material.

M'bango llegó jadeante a su lado.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó Karl.

—Se deslizan por una vía inclinada. Sólo hay que soltar el freno y empujar un poco. Las vagonetas irán adquiriendo velocidad. ¡Vamos, suba y deposite a las señoritas ahí!

Mientras hablaba, el oficial kupango había dejado caer a Ling—Suh sobre una plataforma. Ayudó a Karl a descargar a las dos muchachas y luego dijo:

—Desenganche esas vagonetas y suelte el freno. Agárrese bien. Pasaremos a gran velocidad por los puestos de control. Pero hemos de frenar cuando yo le diga. Necesitamos encontrar el desvío que nos lleve al subsuelo de la ciudad.

—¿Tardaremos mucho?

—Hay sesenta kilómetros o algo más. Pero los haremos en menos de una hora. ¡Suelte el freno!

Karl se dijo que podía confiar en aquel hombre

Y le obedeció.

Aquélla fue la media hora más angustiosa de la vida de Karl Helmut. Temía que los efectos paralizantes se disiparan en los zoofagitos antes que en sus amigos.

Y si esto ocurría, estaba seguro de que nada podía salvarles. ¡Ni siquiera a él, que ya debía de estar contaminado!

Y a M'bango le sucedía otro tanto. Pero el temor a la muerte corrosiva no era la mayor inquietud de Karl. Eran sus amigos, Ling—Suh, Annette y Laura, postrados como flácidos muñecos en las plataformas lanzadas a más de cien kilómetros por hora, descendiendo por un túnel que sólo estaba iluminado a trechos, saltando sobre las mal ajustadas vías de hierro, temiendo que de un momento a otro se vieran arrancados de allí o estrellados contra un muro infranqueable.

—¡Prepárese para frenar! —oyó Karl que le gritaba el oficial kupango.

Delante de él vio como una estación subterránea. ¡Incluso vio vagonetas que interceptaban la vía!

Se aferró a la palanca del freno y rezó para que actuase a tiempo, mientras presionaba con todas sus fuerzas. Vio salir chispas de donde la mordaza del freno oprimía la rueda.

Pero las vagonetas se detuvieron doscientos metros antes de llegar al andén, en donde soldados vestidos de verde vigilaban con las armas en la mano, como si esperasen un ataque.

—Suelte el freno, señor Helmut —pidió M'bango—. Ha presionado demasiado.

Poco después se detenían ante las armas amenazadoras de los soldados. M’bango, empero, se dirigió a ellos, exigiéndoles que les dejasen la vía libre y les pusieran en el desvío hacia Porto Amboim.

—Estas mujeres y este oriental necesitan llegar urgentemente a la ciudad. Deben ser sometidas a tratamiento en el hospital.

—¿Qué ocurre en el Cuartel General, señor? —preguntó un joven teniente—. Nos hemos quedado sin noticias. Hemos osado dirigimos al Liberador y nadie nos ha contestado.

—¡No se preocupen ahora de eso! ¡Hagan lo que les digo!

El grupo de soldados, mirando con recelo a Karl, despejaron la vía y cambiaron la aguja. Luego empujaron las dos vagonetas para que continuaran su marcha.

Poco después, cuando ya adquirían bastante velocidad, M’bango avisó de nuevo, gritando:

—¡Estamos llegando! Porto Amboim está encima de nosotros, señor Helmut. Preparados para frenar cuando ye le avise.

—De acuerdo.

Esta vez no hubo contratiempo. Un piquete de seis soldados, a la

orden de M'bango, les ayudaron a llevar a los paralizados hasta un ascensor. Subieron todos rápidamente y se encontraron en un almacén en donde habían camiones militares.

Pero no encontraron a nadie que les explicase la ausencia de la tropa que debía estar allí.

—¿Qué sucede?

No fue preciso preguntar a nadie. Cuando salieron a la calle pudieron ver el cielo cubierto de grandes paracaídas blancos, que, como enormes hongos, descendían hacia el suelo. Eran millares de paracaidistas... ¡Y todos llevaban el uniforme caqui de las tropas de las Naciones Unidas!

—¡Por eso han huido todos los que debían estar aquí! —exclamó M'bango.

Aquélla debía de ser la primera oleada, porque, minutos después, cuando los primeros soldados aerotransportados tocaban el suelo, cayendo en los tejados, sobre los jardines y en medio de las calles, una oleada de aviones ensordeció el cielo... ¡Y nuevas tropas fueron lanzadas al vacío!

—¡Al hospital, sin pérdida de tiempo! —gritó Karl—. Dispararé contra el que se interponga en nuestro camino, sea quien sea.

M’bango iba conduciendo el camión y Karl colgaba de la portezuela, gritando a las tropas de la O.N.U.:

—¡Apártense, muchachos! ¡Es un caso de vida o muerte! ¡Nos dirigimos al hospital con unos enfermos graves!

Un sargento norteamericano, muy nervioso, no creyó aquellos palabras, y más viendo al oficial kupango al volante del camión. Por esto gritó:

—¡Alto o disparo!

M’bango frenó el camión y Karl descendió rápidamente, enfrentándose al sargento, a quien le habló en inglés:

—¡Si esas mujeres mueren, le estrangularé, sargento !

—¿Me amenazas, negro condenado? —rugió el suboficial, enrojeciendo y haciendo un ademán de abalanzarse sobre Karl.

No lo consiguió. El aventurero de la Sección “Cero" le atenazó la mano y lo volteó aparatosamente, arrojándolo contra sus hombres, mientras rugía:

—¡Corra, M’bango; no pierda tiempo!

Acto seguido, Karl agarró al suboficial y lo utilizó de escudo,

gritando a las tropas de la O.N.U.:

—¡Venid conmigo algunos de vosotros! Mi nombre es Karl Helmut, aunque me veáis así. Necesito llevar a mis compañeros al hospital. Sus vidas peligran.

—Si es eso cierto, vamos todos allá —repuso el sargento—. Pero como nos haya mentido lo pagará caro.

El camión había sido bloqueado una esquina más arriba, pero la llegada de Karl y su escolta solucionaron la situación. Custodiados por el suboficial agredido y sus hombres, el accidentado viaje se terminó, poco después, en los jardines del hospital, donde Karl explicó la situación a uno de los médicos titulares.

La urgencia del caso hizo brincar a todos. No se perdió un sólo segundo y las dos muchachas fueron llevadas a una salita, para ser rociadas con gas cianhídrico, mientras Karl, Ling—Suh, M'bango y "Lupo" eran tratados en otra.

Al concluir, el médico oficial dijo a Karl, en presencia de todos los otros, entre los que estaba el sargento norteamericano y sus hombres, que se mantenían a prudencial distancia:

—Ya hemos tratado otro caso como éste. Al soldado no le ocurrió nada. Ahora hemos de esperar a la desinsensibilización.

—No creo que tarde en producirse —respondió Karl, muy nervioso.

Cuando Annette, Laura y Ling—Suh se recobraron, media hora más tarde, su asombro fue grande, al encontrarse con vida. Lo primero que hizo Annette fue tentarse las piernas, que en nada parecían afectadas por el ataque de los zoofagitos. Luego, emitió un chillido, se puso en pie y fue a colgarse del cuello de Karl, diciendo:

—¡Vivimos! ¡Ha sido un sueño!

—Sí, Sí... ¡Vaya sueño!

Laura se recobró, miró en derredor y so asustó al ver tanta gente en torno suyo. Por esto motivo también saltó hacia Karl, apartó a Annette violentamente y ocupó el sitio dejado por la otra. Sin embarco, Laura se puso a sollozar.

—¡Hemos estado a punto de morir, Karl, amor mío!

—Yo no lo hubiese permitido, cariño.

—¿Dónde encontlalse este indigno hijo del Celeste Impelió? —la voz extraña y chillona de Ling—Suh les hizo sonreír a todos.

* * *

M'bango estaba seguro de que Lasaka no había podido abandonar el país.

—Sospecho que se encuentra en una casa próxima a Egipto —dijo a Karl y al sargento norteamericano—. Digo esto porque sé que es un verdadero refugio atómico que se ha hecho construir allí. Supongo que debe de creer que se ignora tal refugio.

—Si no lo dice usted, desde luego, nosotros no lo sabíamos. Y no perderemos mucho tiempo en comprobarlo —replicó el suboficial.

Era al día siguiente. El valle en la Sierra de Dundo había sido atacado. Enormes contingentes de tropas, desconectadas de sus jefes, se estaban entregando y la situación iba tomando un giro favorable para la causa de la justicia.

—Pues vamos a buscarle —propuso Karl—. Iremos en mi "Ígneo".

En un vehículo militar, se trasladaron al puerto, donde Karl había estado la noche anterior para recuperar su autosubavión, cosa que logró sin dificultad, y, poco después, los tres hombres —pues Laura, Annette y Ling—Suh continuaban en el hospital, por si era necesario someterles a nuevo tratamiento —emprendieron viaje hacia la ciudad de Egipto.

Al sobrevolar la población, M'bango señaló hacia tierra, diciendo:

—El refugio se encuentra a las afueras, algo hacia el interior... ¡Allí, entre aquellas palmeras! ¡Descienda, señor Helmut!

El suboficial de la O.N.U. sólo decía:

—¡Vaya maravilla! ¡Este aparato es fantástico! ¿Y dice que puede navegar bajo el mar?

—Efectivamente, sargento Ashley. Por el mar, e ir a la luna en menos de cinco horas.

—¡Formidable, fantástico!... ¿Y cuánto vale un cacharro así?

—No quiero decírselo, sargento —sonrió Karl—. Con lo que usted gana, habría de prestar doscientos años de servicio para poder pagarlo.

El hombre cayó de espaldas.

* * *

Primero disparó Karl, enviando una descarga paralizante hacia el solitario edificio. Luego, los tres hombres salieron del "Ígneo" y se fueron acercando con las firmas en la mano.

—¿Cree usted que encontraremos ahí al general Lasaka, capitán

M’bango? —preguntó Karl, dubitativo.

—No lo sé.

Hubieron de forzar una puerta. Mientras el sargento Ashley y M’bango entraban Karl encontraba entre las palmeras el “jet” de despegue vertical, el mismo aparato con el que se suponía quo había huido Lasaka.

En cambio, al general rebelde no lo encontraron.

Registraron toda la casa, descendieron al refugio y destruyeron muebles y paredes. Nada. Allí no estaba el hombre al que iban buscando.

—Aquí no hay nadie —declaró Karl, enojado.

—Pues yo estoy convencido de que Lasaka está aquí. Y lo encontraré.

—¿Qué es lo que busca usted, mirando por las paredes?— preguntó el sargento Ashley.

—La salida secreta. Esos hombres lo hacían construir todo con una salida de escape para caso de peligro. Y estoy convencido de que debe existir algún túnel o pasadizo que comunique con las instalaciones submarinas de Lumanx.

—Eso tiene un fácil arreglo —dijo Karl, examinando la pistola “Brig” que de nuevo llevaba consigo—. Apártense. Voy a perforar las paredes con cargas desintegrantes.

El fino chorro de luz salió disparado hacia los muros, a los techos y al suelo. Y, al fondo del vestíbulo, un agujero negro apareció ante ellos.

—¡Ahí está! ¡Tenía usted razón, M’bango!

El capitán kupango fue el primero en acercarse al agujero. Colocó en él una pequeña granada y luego salió precipitadamente al exterior, seguido de sus compañeros. Se produjo una fuerte explosión y, cuando volvieron a entrar, el boquete era tan grande como una puerta,

Karl dio al dispositivo de su pistola que encendía la linterna y avanzó el primero.

—Síganme —dijo.

No fueron muy lejos. A unos diez metros encontraron el primer vestigio del paso del general Lasaka. En el suelo hallaron uno de los cintos dorados que llevó el ex ministro del ejército en su ostentoso uniforme. Más allá encontraron la casaca, tirada.

Unos cien metros más adelante encontraron un esqueleto. Al ser examinado el cráneo, algunos dientes de oro revelaron la identidad del esqueleto.

Con voz trémula, M'bango musitó:

—No cabe duda. Es Lasaka… Debió de ser atacado por los zoofagitos.

—Sí. Adro Thun y Marcel Grissand no dejaban escapar a sus cómplices —terminó Karl.

EPÍLOGO

Pago Menor era poco más que un islote en la inmensidad del Océano Pacífico. Pese a ello, allí se daban las condiciones perfectas para unas tranquilas vacaciones.

Los cocoteros se erguían al cielo azul, acariciados por la brisa marina. Las aguas rompían mansamente en la fina arena, arrullando con su música a los tres durmientes de la playa, mientras un perro lobo se paseaba cerca, feliz de su suerte.

Una casa estilo “bungalow" se adivinaba a unos cincuenta metros, bajo los árboles.

Aquél era el refugio preferido de Karl Helmut y sus amigos.

¿Estaban los tres verdaderamente dormidos?

No, ni mucho menos. Estaban pensando.

—Hemos pasado por apuradas situaciones —habló, de pronto, Karl, sin abrir los ojos.

La piel del aventurero volvía a ser bronceada, y rubio su cabello.

—No me lo recuerdes —murmuró Laura—. Por más esfuerzos que hago, jamás lograré olvidar aquella sala y las jaulas en forma de campanas, ocupadas por esqueletos.

—¿Por qué no habláis de otra cosa? ¡Cásate conmigo, Karl!

El aludido pegó un salto y miró a Annette.

—¿Hablas en serio, pequeña?

Laura también se incorporó, con el ceño fruncido.

—¡Cuidado, Annette! ¡Eso sería traición y en la Sección “Cero” no se permite la traición!

Karl acabó de levantarse y fue al encuentro de “Lupo”, el cual saltó hacia él, lleno de júbilo, lamiéndolo el rostro.

—Tú sí que me eres fiel, “Lupo”... Tú corriste detrás de mí para ayudarme. En cambio, yo... ¡no hago otra cosa que proteger las vidas de esas infelices! ¡Vamos a dar un paseo por la isla!

Laura y Annette estaban sosteniendo una acalorada discusión.

—¡Yo soy más hermosa que tú! —decía Laura.

—¿Cómo? ¡Que te crees tú eso! ¡Mira con lo que me sale ahora ésta! ¿Es que te creíste los halagos de aquellos negros? ¡Yo sí que haría feliz a Karl si no estuvieses siempre tú husmeando por aquí!

En aquel momento, saltando de un cocotero, un hombre cayó

junto a Karl, llevaba un puñal en la mano y parecía dispuesto a hundírselo en el pecho del aventurero.

No fue así, ni mucho menos. Karl se apartó instintivamente, y su mano sujetó la muñeca del otro. Un veloz movimiento de judo y el chino saltó despedido por los aires, hasta quedar en tierra, de espaldas.

—¿Te has hecho daño, Ling—Suh? —preguntó Karl, sonriendo.

—Yo no desespelal… No, señol. Algún día coblalé las mil colonas de olo, palabla de Ling—Suh… Y ahola, señol, pelmítame anuncialle que el almuerzo está servido… ¡He puesto zoofagitos en los platos de las señoritas! ¿Le palece bien al señol?

—¡Estupendo, Ling—Suh; estupendo!

FIN